

# La Ilustración



# Artística



AÑO XVIII

BARCELONA 4 DE DICIEMBRE DE 1899

NÚM. 936

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

**Texto.**— *De Europa*, por Emilia Pardo Bazán. — *Madame Rejane*, por A. — *Lluvia*. (*En la calle.* — *En el casino.* — *En familia.* — *En el boudoir.* — *En el campo.* — *En el tranvía*), por José Juan Cadenas. — *Los distraídos*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Por venganza*, novela ilustrada (continuación). — *Fotografías en el teatro y en el taller con la luz de magnesio*, por G. Mareschal. — *Curioso procedimiento de demolición.*  
**Grabados.**— *París. Una nevada*, cuadro de F. Miralles. —

*Retrato de Madame Rejane.* — Mme. Rejane en el primer acto de *Partage.* — Mme. Rejane en el papel de *Lolette.* — *Estatua de José Priestley*, obra de Alfredo Drury. — *En plena insubordinación.* — *Guerra anglo boer. La sucursal del Banco Nacional de la República Sudafricana en Durban durante el registro verificado por la policía inglesa.* — *Firma del general Joubert.* — *Moneda transvaalense con el busto del presidente Kruger.* — *Firma del general boer Cronje.* — *Salida de un regimiento boer de Johannesburgo hacia la frontera*, dibujo de Frank Cranz. —

*San Huberto*, célebre grabado de A. Dürero. — *Pastor del Pirineo*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *Nube de verano*, cuadro de A. Hagborg. — *Sacando las redes*, cuadro de Francisco Torrescasana. — Fig. 1. Disposición de los aparatos empleados por M. P. Boyer para una fotografía de una escena de teatro. — Fig. 2. Aparato que permite quemar sucesivamente varios cartuchos sin cambiar de sitio. — Fig. 3. Taller portátil para retratar con luz artificial de M. P. Boyer. — *Abrevando*, cuadro de José María Marqués.



PARÍS. — UNA NEVADA, cuadro de Francisco Miralles

(Salón Robira, Fernando VII, Barcelona)

## DE EUROPA

Hasta en los dominios del misticismo se cumple la ley que quiere que las naciones poderosas impongan su criterio á las débiles. Las devociones latinas, en estos tiempos, son de origen francés. Así Lourdes, así el Sagrado Corazón, forma del culto que se enlaza con las glorias de la bienaventurada Margarita María Alacoque.

Este emblema del Sagrado Corazón es ya universal en el catolicismo. León XIII, en una Encíclica memorable, ha consagrado al género humano á la devoción del Corazón que reemplaza al lábaro de Constantino; y los católicos franceses aspiran á que el signo del Corazón figure en la bandera nacional. Sin embargo, este movimiento, en Francia, no tiene carácter perturbador (como por desgracia ha estado á pique de tenerlo en España), gracias á la intervención siempre pacífica y sedante del Pontífice y á sus enseñanzas verdaderamente evangélicas.

La última Encíclica del Papa, sin dejar de ofrecer claro testimonio del carácter conciliador de la política internacional de la Santa Sede, presenta restricciones y afirma las constantes doctrinas del Pontificado. En el terreno político, Roma llega hasta donde puede llegar, admitiendo en tesis todas las formas, todos los métodos de organización, todas las instituciones que quieran darse los pueblos. Pero, en el terreno del pensamiento, en lo que concierne al cerebro y al espíritu, Su Santidad, perdónese lo vulgar de la frase, aprieta las clavijas reciamente. La instrucción en los moldes del catolicismo; la juventud adoctrinada por las Universidades católicas, he aquí el fondo de la Encíclica que el admirable anciano envía al mundo. En otros tiempos, la voz del Pontífice iba derecha á las testas coronadas, á cuyo arbitrio estaban los pueblos. Hoy, las Encíclicas se dirigen realmente á las multitudes, á los obreros, á los pobres, que la cuestión socialista ha sacado á luz, ha traído á la superficie con reivindicaciones enérgicas.

Hay quien se asombra de que León XIII reitere ahora las afirmaciones y las condenas de Pío IX. Para compartir este asombro sería preciso ignorar la inconstitucionalidad de la Iglesia, su complejidad invariable. El método, los procedimientos, ciertos detalles, pueden variar de Pontífice á Pontífice; y sin duda León XIII, en el camino de las concesiones, llegará á los últimos límites; pero estos límites tienen una región *ultravioleta*, que no había de traspasar el Papa.

Sabidamente pondera León XIII la necesidad de que el clero se prepare, por medio de fuertes y profundos estudios, á su sagrada misión. Los que pasamos muchos meses en el campo y conocemos de cerca al clero, nos damos cuenta de la indiscutible utilidad que encierran estos preceptos de León XIII. El clero español no es una excepción dentro del estado general de nuestra patria, en cuanto á deficiencias de cultura; y ningún argumento más favorable á las doctrinas del catolicismo cabría presentar aquí, que un clero constituido en honrosa excepción, *regenerado* antes que la patria. Claras y terminantes son en esto las órdenes del Papa. Que los sacerdotes atesoren conocimientos y se empapen en la filosofía de Santo Tomás, dentro de la cual, como nadie ignora, se contiene la teoría de la organización social y del Estado moderno; y que adquieran esa profunda ciencia teológica de que hacen gala los sacerdotes alemanes. Y en efecto, aunque parezca una protergullada, si la Iglesia aspira á enseñar, sus miembros tienen que empezar por saber.

\* \*

Al lado de estas grandes oleadas de sentimiento religioso envueltas en las fórmulas correctas de la diplomacia, y que recorren el mundo entero, porque en todo él hay católicos, parece insignificante la evocación de los sentimientos aislados del individuo; pero es ley eterna del eterno romanticismo que el destino del individuo pueda interesar hondamente á la colectividad, y yo declaro que la suerte de la princesa Estefanía, viuda del heredero de la corona de Austria, me parece de lo más patético en estos instantes, cuando, como á otra Ifigenia, la inmolan en el ara de las preocupaciones.

En otra crónica tuve ocasión de hablar de los proyectos matrimoniales de esta princesa malaventurada, viuda en vida de su marido y sin embargo obligada á quemarse eternamente, como las del Malabar, sobre la pira del difunto. Entonces parecía que la víctima iba á romper sus ligaduras y evadirse. A la vuelta de más de diez años, la archiduquesa había encontrado á un joven señor húngaro, el conde de Longay, agregado á la Embajada de Austria-Hun-

gría en Inglaterra. La estirpe del conde era noble y antigua, lo cual, en nuestra tierra de verdadero espíritu democrático, de «abajo del rey ninguno,» bastaría para borrar toda idea de *mesalliance*. El conde, según dicen, es gallardo y mozo, y simpático y enamorado de veras, como que las primeras imposibilidades que surgieron quitándole la esperanza, le impulsaron á emprender uno de esos viajes en que se busca el olvido como un bálsamo. El conde recorrió el Africa. A su vuelta, la ciega casualidad le acercó otra vez á la archiduquesa, y el más ciego amor hizo su oficio. La esperanza dibujó sus verdes recamos, y el conde, creyendo preparar un nido de felicidad, se retiró á su castillo patrimonial, á fin de alhajarlo para recibir en él á su desposada.

En verdad os digo que el rey Leopoldo y el emperador Francisco José le deben una indemnización, pues se han atravesado en su camino é impedido su matrimonio, ya definitivamente, según parece. La pobre archiduquesa, esclava de su categoría, de sus preeminencias, de sus ilusorias grandezas, ha tenido que renunciar á todo proyecto de bodas. Seguirá llevando ceñidos al corazón, ya que no al cuerpo, los crespones de su viudez, dos veces negros, como el desengaño de lo pasado y como la desesperanza en el porvenir. Seguirá arrastrando una vida estéril, emponzoñada por las memorias de una juventud trágicamente dolorosa. La *Gaceta* alemana lo ha decretado: la archiduquesa austriaca no se casará con el conde húngaro.

Ciertamente que la viuda de Rodolfo de Hapsburgo merece toda clase de favorables conceptos, y líbrenos Dios de pensar mal de ella, ni aun teniendo prevenida la disculpa de estas críticas circunstancias en que la colocan los demás; pero confieso que el caso me recuerda el de un ricachón madrileño que se casó, á los sesenta diciembres, con una niña de veinte abriles, por señas preciosa. Celoso más allá de la tumba, la dejó por heredera en su testamento, con la condición expresa de que no se casase. Si se casaba, perdía toda la hacienda; caía otra vez en la miseria de donde sus desapacibles nupcias la habían sacado. Y ¿cómo dudarle?, la heredera viuda, en efecto, no se casó. *Il est avec le ciel des accommodements*, que dijo Tartuffe.

\* \*

Las pasiones, de que fué presa y despojo el Kronprinz austriaco, hacen estragos en esa familia ilustre. Piérdese la cuenta de los enlaces morganáticos y desiguales que en ella han estallado como petardo en iglesia. El archiduque Juan se casó con la hija de un carretero, carretera también ella; el archiduque Enrique, con una cantatriz; el archiduque Salvador, con una comedianta. Y ahora mismo, el archiduque Francisco Fernando va á desposarse morganáticamente con la condesa de Chotek. Nótese que á este archiduque corresponde la sucesión al trono.

Lo que hace dramáticos estos episodios conyugales, es que en Austria se conserva, cultiva y eleva á grado inverosímil la idea de la desigualdad entre los hombres. Si en alguna corte europea el exclusivismo aristocrático y la jerarquía son institución, es en Austria. D. Juan Valera, que fué ministro plenipotenciario de España en Viena, refiere de esto cosas verdaderamente curiosas. Hay una serie de grados y de clasificaciones, una escala determinada por el nacimiento, con razonado catálogo de abuelos y estudio detenido de troncos y ramas, que constituyen una ciencia cortesana, mediante cuyos cánones se otorga puesto honorífico ó se excluye rigurosamente á las personas. Para entrar en los salones de la corte de Viena, es preciso tener no sé cuántos cuarteles bien probados. Aquí no hay idea de estos tiquis miquis, y cualquier satírico puede á toda hora escribir, si le divierte, un nuevo *Tizón de la nobleza*, más lleno de manchurroneos que el antiguo.

\* \*

¡Cuán diferente el drama de sentimiento y de locura del matrimonio Dupuis! Era Dupuis un escul-

tor y grabador de fama, y le habían consagrado varias creaciones de carácter nacional; la medalla de la Villa de París en 1879, la del Salón y de la Exposición de 1889, que conservo, y el precioso cuño de los nuevos *perros chicos y grandes* de la República Francesa. Ahora estaba terminando la medalla de la Exposición futura, de 1900, medalla de la cual se dicen primores.

Dupuis era casado, y además feliz en su hogar. Su mujer le profesaba apasionada devoción. Unica nube, el padecimiento de que hacía tiempo se quejaba la señora de Dupuis, y que la sujetaba meses enteros á la cama ó á la meridiana. Herida su imaginación por la tristeza, creía firmemente la pobre señora que estaba condenada á muerte, que no se curaría jamás y que tardaría poco en separarse de su marido, dejándole en el mundo quizás para que otra le consolase. Y esa terrible pasión celosa — que desde el Tetrarca acá no se modifica ni al roce y pulimento de la civilización ni al desgaste de las ideas de tolerancia — impulsó á la desdichada señora á matar á Dupuis de un tiro de revólver, y á volver contra sí misma el arma después. No erró los golpes: ambos dieron instantánea muerte.

¡Sombria pareja, el imperial drama de Meyerling y este que se desarrolló en la burguesa alcoba de una casa de artista! Y es que, á pesar de las categorías de la corte de Viena, si reina la igualdad en alguna parte es en las esferas sentimentales, invariables hasta la consumación de los siglos.

EMILIA PARDO BAZÁN

## MADAME REJANE

«¡Hela ahí! Con los ojos centelleantes de atrevida malicia; con la boca intensa lo mismo en la risa que en la emoción, con su nariz de Arlequín, con su rostro animado por cien expresiones diversas, espejo curioso y fiel de pensamiento rápido en sus resolu-



MME. REJANE en Zará (de fotografía de Reutlinger)

ciones, graciosa máscara de un ingenio raro de mujer y de artista en el que, aparte de la inteligencia, del gusto y del valor, hallan también modo de brillar y de vivir el corazón y la bondad. Todo en ella es armonía: su voz, su gesto, su continente. Tiene la mirada y las entonaciones de su personalidad: no se la concibe de otra manera. ¿Es posible, decidme, sin cometer un sacrilegio, imaginar una variante cualquiera en esa fisonomía provocativa y picaresca que con tanta travesura y docilidad se presta al juego múltiple de las más encontradas pasiones? La hada de la clásica y fastidiosa belleza fué bondadosísima con ella y con nosotros y con motivo de su nacimiento dió pruebas de un tacto de gran señora. Me han dicho que la mañana en que se inclinó sobre la cuna

de la niña quedó tan maravillada del gracioso encanto y de la fantasía que brillaban en aquella carita, que hubo de exclamar: «¡No la toquemos, porque la echaríamos á perder!»

*quise, Brevét Supérieur, Amoureuse* y otras, y se hace aplaudir con entusiasmo en la comedia de Donnay *Lysistrata*.

Del mismo modo que las más hábiles modistas parisienses cortan para el soberbio talle de la Rejane los diversos trajes de sus papeles, los mejores escritores de la Academia Francesa escriben para ella obras hechas á medida, por decirlo así: en esta especialidad, Meilhac y Halevy han sobrepujado, durante una temporada, á los demás autores, hasta que Sardou obtiene la victoria decisiva con su *Madame Sans-Gêne*.

Los que andan á caza de novedades, los enamorados de las brumas del extremo Norte, los corazones irresolutos, no olvidarán jamás á la Rejane representando la Nora en la comedia de Ibsen *Casa de muñecas*.

A poco que se estudie su talento tan hermosamente complejo, se siente vibrar en la artista, en el fondo de todos sus papeles, en la mujer, en las entrañas mismas de su naturaleza, una nota nacional ardiente; pues en ella se admiran, después de las seducciones de la parisiense, las expansiones de la francesa, un calor comunicativo que entusiasma, movimientos generosos, gritos que salen del fondo del corazón.

\* \* \*

No menos interesante resulta la figura de la Rejane en la intimidad.

Tal cual la vemos en la escena, la encontramos en el hogar doméstico, en donde, atenta siempre á todo, es á la vez la esposa que cuida del marido y de su casa, la madre que acaricia á sus hijos y la artista que se preocupa del teatro.

Sus salones, su comedor, su dormitorio, amueblados con exquisito gusto, ostentan por todas partes innumerables joyas artísticas debidas á los pintores y escultores más célebres, que alternan con los grupos de plantas: no hay allí unidad de estilo, pero aquella diversidad de muebles y adornos se resume en un conjunto armonioso en el que los contrastes de forma y de color no producen la más pequeña disonancia.



MME. REJANE (de fotografía de Reutlinger)

Así se expresa, hablando de la eminente actriz, el reputado escritor Enrique Lavedán.

\* \* \*

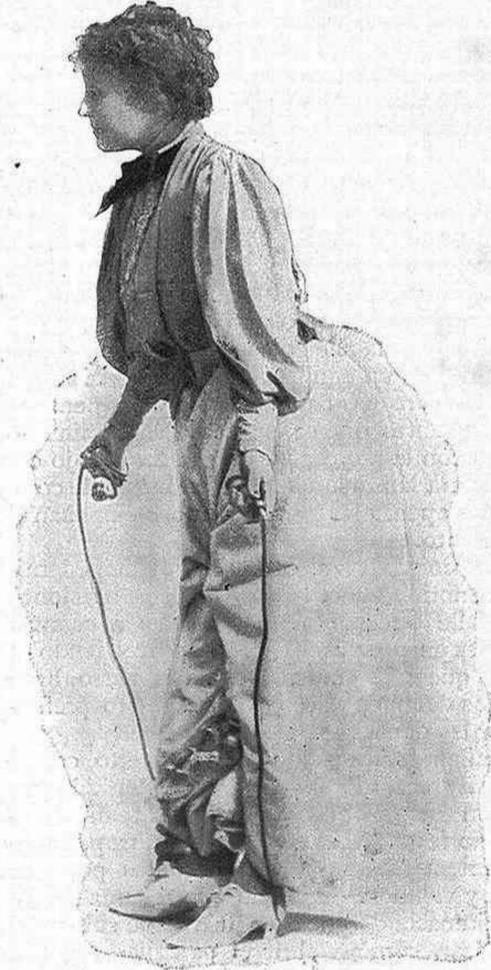
Tarea por demás agradable resulta seguir á madame Rejane en cada una de sus creaciones, desde la *Revue des Deux Mondes*, de Clairville y Dreyfus, hasta su consagración suprema en *Madame Sans-Gêne*. Dióse á conocer como confidenta taimada en *Fanny Lear*, fué luego en *Madame Lili* la tierna dama joven cuya ignorancia posee todas las adivinaciones, hízose aplaudir más tarde en su papel bufo de la marquesa de Menu Castel en *Le Verglas*, y obtuvo su primer triunfo indiscutible haciendo la graciosa Gabriela de *Pierre*. Durante aquel primer período de su carrera, desde 1879 á 1885, la artista trata de orientarse, de afirmar su temperamento, y crea sucesivamente en el Vaudeville, elevándose cada vez más, la Anita de *L' Aureole* y la baronesa de Oria de *Odette*. Después abandona aquel teatro y representa de una manera admirable en el Ambigu el papel de Mme. de Cezambre en *La Glu*, de Richepin, y en el Palais Royal el de Adriana en *Ma Camarade*; vuelve al Vaudeville, pasa á Varietés, entra en el Odeón, ve nacer y morir el Grand Theatre y torna á su primer escenario.

En una de estas escapatorias estrena la diva de *Clara Soleil*. Al año siguiente la comedia *Les Demoiselles Clochart* le impone dos papeles, uno frío, serio, y otro apasionado, jugueteón, y ambos los desempeña con igual maestría sin la menor confusión y sin esfuerzo aparente. Merecen también citarse de una manera especial su Regina de *Monsieur Morat* y sobre todo la protagonista de *Decoré*. En 1888 Edmundo Goncourt le confía el papel de *Germine Lacerteux*, y sucesivamente estrena *Le premier tapis*, *Ma Cousine*, *Mar-*



MME. REJANE en el papel de *Lolotte* (de fotografía de Reutlinger)

En el salón, por ejemplo, se ven colocados con tanto arte como coquetería un piano de cola, una preciosa canastilla convertida en cesta de flores, una gran mesa de madera dorada cubierta de porcelanas, de jarros japoneses, de chucherías de toda clase, un hermoso busto en mármol de Rotrou modelado por Caffieri, una vitrina llena de joyas, una estatua en bronce entre los bustos de Moliere y del actor Regnier, un cuadro de Chardin, otro de Trepolo, un pastel de la condesa de Mirabeau Martel que representa á Mde. Rejane en *Madame Sans-Gêne* y que fué muy celebrado en el Salón del Campo de Marte de 1894, y otros cien objetos á cual más bellos.



MME. REJANE en el primer acto de *Partage* (de fotografía de Reutlinger)

Mme. Rejane tiene dos hijos, Enrique y Germana, que constituyen su mayor encanto y á quienes ama con verdadera idolatría. ¡Con qué cariñosa solicitud los educa! Ninguna preocupación artística le ha hecho olvidar nunca un solo momento sus deberes maternales.

Nada más delicioso que la hora de la comida de esas dos encantadoras criaturas: ella la preside y ora acaricia á la una, ora finge ponerse seria con la otra, y siempre prodiga á las dos sus más amorosos cuidados.

Germana es una niña de seis años de asombrosa precocidad: algunas veces, como recompensa á su buen comportamiento, la llevan al teatro; y es de ver cómo al día siguiente imita á su madre y á los demás intérpretes de la obra que ha visto representar.

\* \* \*

En aquel hogar se confunden las manifestaciones más diversas, cuyo conjunto constituye una armonía deliciosa: allí se encuentra á la mujer y á la artista, á la esposa y á la madre con sus gustos y sus aficciones. Pero lo que no dice aquel conjunto es la bondad de la dueña de la casa, su indulgencia para los demás y sobre todo su caridad.

Las tribulaciones de antaño, la lucha larga y ruda que ha tenido que sostener contra toda clase de dificultades, sin dejar la menor amargura en sus recuerdos, la han hecho compasiva hasta el punto de privarse algunas veces de lo necesario para socorrer á aquellos á quienes la suerte ha maltratado. Con los artistas por ella favorecidos se llenaría el escenario más grande.

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando un juicio emitido por Sardou.

«De todas las actrices á quienes he aplaudido, ninguna ha personificado en la escena tan bien como la Rejane ese ser caprichoso y complejo, tierno, pérfido, egoísta, abnegado, gatito en amor, perrillo de aguas en amistad, delicioso, en suma, y sin rival en el mundo: *la parisiense*.» - A.

## LLUVIA

## EN LA CALLE

El ejército de nubarrones oscuros ha empezado a extenderse, cubriendo por completo el cielo azul y diáfano. Gruesas gotas comienzan a caer; los transeuntes, sorprendidos por aquella lluvia inesperada, asaltan coches y tranvías, y esperando que el chaparrón descargue en breve tiempo, invaden los anchos portales y penetran en los cafés rápidamente.

El cielo descarga, por fin, una copiosa lluvia. La multitud huye despavorida buscando asilo donde guarecerse, y el agua, formando verdaderos arroyos al borde de las aceras, se precipita furiosa en las bocas del alcantarillado.

La lluvia suspende su furor breves momentos; parece haber cedido; pero en seguida el chaparrón adquiere nueva fuerza, y aparecen de trecho en trecho los primeros paraguas de escasos transeuntes prevenidos.

Una tarde de lluvia en la corte es una diversión agradable, nueva; produce cierto indefinible encanto y el observador curioso no deja de encontrar motivos de distracción.

Con las primeras gotas surgen como al llamamiento de un conjuro los vendedores ambulantes de paraguas baratos. Cualquiera pensaría que son gentes que se pasan la vida mirando al cielo con la mercancia preparada debajo del brazo, para lanzarse a la calle en busca de compradores apenas las primeras nubes empañan el firmamento.

El *pirata callejero*, conquistador empedernido y Tenorio eterno, lánzase en estas ocasiones a la calle ofreciendo un paraguas á cuantas beldades encuentra al paso, y aprovechando el pánico que á las mujeres causa el barro, hace estudios detenidos acerca del zapatero preferido por las damas.

Caminando despacito, bien cubierto con el paraguas, recogido el pantalón y defendidos los pies con fuertes botas de campo, el temible Tenorio no levanta la vista del suelo, tropezando constantemente con los transeuntes por esta causa, y viéndose precisado á hacer una verdadera gimnasia de brazo en fuerza de subir, bajar, ladear, cerrar y abrir el paraguas, á fin de sortear los peligros y defender la tela de seda de este incómodo *artefacto* de las terribles variaciones de los paraguas ajenos.

A la hora de salir de los talleres, las modistillas riñen tremendas batallas y cobíjanse cuatro ó cinco bajo una diminuta y estropeada sombrilla, formando verdaderos racimos y resultando de este modo que la lluvia empapa á todas por igual sin que á ninguna preste servicio alguno la sombrilla.

Es la lluvia la desesperación del aficionado á toros en día de corrida. El chaparrón momentos antes de comenzar la fiesta, echa despiadadamente por tierra todas las ilusiones y esperanzas del *dilettante* taurino, porque la suspensión de la corrida, además de privarle del espectáculo favorito, perjudica la brillantez del acto. Los toreros suelen ser sustituidos, el ganado pierde su poder, todo se trastorna, todo se acaba... ¡Se *aguó* la fiesta!

Para el artista la lluvia es un espectáculo amenísimo. Producen una sensación indefinible el cielo gris, los negros nubarrones, los hilos de agua que rebotan en las calles... Pasan los transeuntes chapoteando por las aceras, todo el mundo camina de prisa, nadie se detiene...

¡Oh, lluvia bienhechora; lágrimas celestiales! Tenéis el poder de comunicar á las almas cierta incomprendible tristeza, llena de placer íntimo, de suave encanto, sólo comparables á la alegría que produce ver de nuevo el cielo despejado, azul y diáfano; riente el sol, perfumado el ambiente... Con los negros nubarrones huyen los ambulantes vendedores del «paraguas barato»; recobra la corte su vida normal, y se desespera el Tenorio callejero que hasta nueva orden tiene que suspender sus estudios acerca del calzado que gastan las hermosas...

## EN EL CASINO

Los salones del círculo han sido invadidos por los socios y *buen golpe* de amigos de éstos. Los salones de tertulia, las salas de billar, el gabinete de lectura, aparecen atestados de gente. Se disputan los balcones á fin de poder distraer la vista con la contemplación de las calles. Gran entrada en la sala de *recreos*, donde se refugian los aburridos á quienes nada dis-

trae y todo fastidia, menos la grata ocupación de *verlas venir*... Las conversaciones, las risas, las disputas, producen un confuso y monótono rumor... La atmósfera se ha ido caldeando poco á poco. El humo del tabaco forma como una niebla á través de la cual apenas se distinguen los objetos...

La lluvia ha empujado al casino á todos los socios, que lamentándose del mal tiempo se ven priva-



ESTATUA DE JOSÉ PRIESTLEY, obra de Alfredo Drury

dos del paseo y aun de la distracción de poder sacar las mecedoras á los balcones para contemplar cómodamente el continuo ir y venir de las gentes por la calle...

Transcurren las horas y la lluvia es incesante, continua... Todo el mundo permanece en el casino y comienza la peregrinación de socios á los gabinetes del teléfono para avisar á los respectivos domicilios.

— ¡No me esperéis!.. Como en el casino...

No se oyen otras palabras... Los criados salen y entran con esquelas... Otros traen la ropa de etiqueta para algún socio que desde el casino piensa ir á pasar la velada en un teatro ó en un baile...

El comedor está completo... Apenas pueden las cocinas dar cumplimento á todos... En tanto la lluvia sigue cayendo despiadada, azota las vidrieras de los balcones, el cielo, negro por completo, no parece dispuesto á que la lluvia cese... La noche avanza tétrica y lúgubre...

Los coches del casino no descansan un solo momento; van y vienen á los teatros, llevando y trayendo gente... Conforme avanza la noche las caras dan señales de visible mal humor... «¡Qué fastidio de lluvia!» Y es ridículo, porque cualquiera, al oír á todos aquellos señores que reniegan del tiempo, pensaría

que el agua les ha privado de darse un buen paseo para ayudar á hacer la digestión... Nada de eso. Han hecho la vida ordinaria, «hoy como ayer, mañana como hoy,» con la sola diferencia de que aquel día tienen un pretexto, una disculpa para justificar el empleo del tiempo, y los demás días no tienen motivo ni razón que valga...

La noche avanza. La salida de los teatros anima nuevamente las salas del círculo, que aparecen ahora brillantes de luz... Abundan los fracs, las relucientes pecheras... La sala de lectura permanece apagada... La sala de *recreos* está completamente llena... De vez en cuando una voz plañidera y monótona dice:

— ¡Encarnado pierde y color!.. ¡Hagan juego!

## EN FAMILIA

Atestada de leña la chimenea, que de vez en cuando es atizada con gran cuidado; arrellanados en cómodos sillones, el anciano matrimonio contempla las llamas que lanzan los leños chisporroteando.

El anciano patriarca del hogar, envuelto en fuerte ropón y cuidadosamente tendida una pierna sobre un cojín, lamentase del cambio de tiempo que recrudece su padecimiento gotoso. La anciana calma á su compañero y bendice la lluvia que tantos beneficios derrama sobre los campos...

— ¡Maldito tiempo! ¡Si no lloviera nunca!

— No digas eso... ¡Por Dios! ¡Qué sería de los pobres campos!..

El amplio comedor es visitado poco después por alegres jóvenes que penetran en la habitación riendo y charlando animadamente, rodean á los ancianos haciéndoles fiestas, y una turba de pequeñuelos que corren sin cesar pidiendo infinitas cosas y gritando:

— ¡Abuela! ¡Abuelita!..

El anciano contempla lleno de satisfacción el cuadro que ofrece en aquel hogar la familia reunida y sonrío placenteramente considerándose completamente dichoso... Sólo cuando alguno de los pequeñuelos se acerca á él queriendo trepar por la butaca para hacerle una caricia, el anciano se asusta y llama á todos gritando:

— ¡Cuidado! ¡Cuidado con mi *pata!*..

Fuera, la lluvia continúa descargando sin cesar... Unas veces es fuerte chaparrón, agua torrencial que parece querer inundarlo todo; otras veces es lluvia menudita, pero tan continua que cala sin sentir... No escampa... Cierra la noche por completo y la ciudad aparece lúgubre y tétrica á través de la lluvia pertinaz é incesante.

Dan las diez en el monumental reloj del comedor y la reunión familiar se disuelve. Los pequeñuelos han empezado á quedarse dormidos; la conversación, después de recorrer distintos temas, ha ido languideciendo poco á poco. Al sonar la primera campanada en el reloj comienza la desbandada. El anciano matrimonio es acompañado hasta sus habitaciones con visibles demostraciones de cariño... La vieja antes de retirarse ha levantado los visillos de uno de los balcones lanzando una mirada escrutadora á través de los cristales...

— ¡Ay, sí!.. ¡Que llueva, que llueva!.. Que buena falta hace á los campos, murmura.

Mientras el anciano, quejándose lastimosamente, se retira renegando y diciendo entre dientes:

— ¡Maldita lluvia!.. ¡Si no lloviera nunca!..

## EN EL «BOUDOIR»

Terminada la cena, el joven matrimonio pasa al gabinete, un elegante *boudoir*, tibio y perfumado... Una lámpara colocada en el centro y cubierta por una blanda de color de rosa, alumbraba débilmente la estancia...

— ¡Qué aburrimiento!, murmura la dama, mientras contempla un instante la calle á través de los cristales del balcón. ¡Maldita lluvia! ¡Hoy no vendrá nadie!

Y golpea nerviosa la alfombra con el lindo piecito primorosamente calzado...

El esposo permanece en cómoda postura, lanzando bocanadas de humo, y abstraído, al parecer, en la contemplación de los caprichosos dibujos que forma el humo del tabaco que saborea con delicia...

La lluvia es continua, persistente; cae sin cesar... La hermosa dama dirige sus miradas alternativamente á los balcones y á su esposo; y en su lindo semblante aparece reflejada una pregunta que no se atre-

ve á formular con los labios y que, sin embargo, se lee en sus ojos.  
Parece querer decir á su esposo:

cruzadas. Por fin, se levanta nerviosa, pero decidida, resuelta... Da unos cuantos pasos por la habitación murmurando:

- Si tú me quisieras acompañar al teatro... Porque ¡claro! sola no voy á ir...  
El marido responde precipitadamente:



LIBRO, LECTURA  
MADRID  
BIBLIOTECA  
ATLANTICO

EN PLENA INSUBORDINACIÓN

- ¿Qué haremos?  
El marido no se entera..., ó finge no enterarse. La esposa se desespera y permanece largo rato en silencio, con los ojos clavados en el suelo y las manos

- No... Esta noche no viene nadie... Con seguridad... Estando tan mala la noche...  
Se ha colocado detrás de su marido y le contempla un instante... Luego tímidamente dice:

- ¡Estás local! ¡Salir tú..., con la noche que hace! ¡Bah! Imposible...  
La dama estruja el pañuelo entre sus manos... Quiere contestar..., pero se contiene... Vuelve á mirar

la calle... El agua cae sin cesar. Los charcos de las aceras brillan con los reflejos que lanzan los faroles del gas...

- ¡Sí... sí! ¡Ya escampa!, dice con rabia.

Y después de pasear breves instantes por el gabinete, se sienta, coge un periódico que en seguida arroja al suelo; vuelve a ponerse en pie, mira a su esposo, y por fin, decidida, se dirige a la puerta de la habitación diciendo:

- ¡Buenas noches! ¡Hasta mañana!

Y dando un fuerte portazo, desaparece...

El marido se levanta del sillón, se arregla la corbata, toca el timbre y al criado que aparece le pide el sombrero y el gabán, diciéndole:

- Si pregunta la señora, que voy un rato al casino.

Y después de lanzar una última mirada al espejo, enciende otro cigarro y sale...

En aquel momento la lluvia parece adquirir más violencia, como si acabara de recibir la ayuda de una nueva nube más cargada que las anteriores...

#### EN EL CAMPO

El labrador lanzaba todos los días su mirada escrutadora, y era su desesperación constante ver aquel cielo azul, diáfano, sin la menor nubecilla que le empañara. La pertinaz sequía del campo había hecho perder ya diversas cosechas. El labrador murmuraba:

- Antes la lluvia hubiera sido oro... Ahora, todavía pudiera ser plata...

Por fin el cielo colma sus afanes... Grandes nubarrones avanzan cubriendo y ennegreciendo el espacio por completo; últimamente, una lluvia torrencial cae sobre los tostados campos, sedientos, que reciben en sus entrañas el agua que ha de hacerlos florecer y fecundar...

La «canción de la lluvia» es en el campo acompañada por las alabanzas del labrador que contempla con amor sus sembrados y alza los ojos al cielo, dando gracias a Dios por el beneficio que otorga a los campos...

Ya ve la espiga dorada, rubicunda, caer al rudo golpe del segador y ve el limpio grano acarreado de las eras al granero... La lluvia no es oro ya..., porque llega tarde para los sembrados tempranos, pero será plata, y gracias a ella la humanidad vive y el labrador trabaja, pero ve, por fin, premiados sus afanes...

Cae el agua en la tierra seca y penetra en sus entrañas rápidamente. Parece que los tallos al recibir la caricia del agua recobran la vida y se levantan altivos y orgullosos al vigoroso impulso de la lluvia.

Sólo en el campo es recibida la lluvia con agradecimiento, alabanzas y bendiciones. ¡Don del cielo!

#### EN EL TRANVÍA

Los transeúntes han asaltado el tranvía apenas el chaparrón se inició... La violencia del agua es tal, que las mulas se han detenido y el conductor las contiene a fuerza de brazos, a fin de que los continuados truenos y relámpagos no espanten al ganado.

El tranvía va lleno hasta los topes... Todo el mundo habla de la lluvia, del tiempo. A mí me ha tocado un vecino muy charlatán y a quien no conozco...

- Desengáñese usted, me dice mi compañero de viaje. Esta lluvia estaba haciendo mucha falta...

Yo hago signos afirmativos.

- La lluvia, prosigue mi compañero, fomenta la industria, beneficia los campos...

Yo no me opongo... Mi compañero sigue así por espacio de diez minutos, pronunciándome casi casi un discurso... Por fin, me dice:

- ¡Debía estar lloviendo siempre!

Curioso le interrogo, por fin:

- Dígame usted, amable señor, usted seguramente... será agricultor, ¿eh?

Mi compañero me responde:

- ¡No, señor! ¡Soy... paraguero!

JOSÉ JUAN CADENAS

#### LOS DISTRAÍDOS

Lope adoraba a Elena y Elena adoraba a Lope.

Y las familias aprobaban la boda de los chicos, que eran «tal para cual», como dicen las gentes, como si cualquiera persona no fuera para otra cualquiera «tal para cual».

Lope era muy propenso a las distracciones, y Elena, como sucede siempre, llegó a identificarse con su marido a los pocos meses de casados.

Por lo demás eran felices los cónyuges.

Disfrutaban una posición desahogada, juventud, alegría, salud y las dulzuras del cariño y la tranquilidad consiguiente.

- Son dos ángeles, decían las familias.

- Hemos realizado su felicidad y la nuestra, añadían. Los muchachos se amaban desde la niñez: puede decirse que se han criado juntos; es decir, juntos, salvo las convenientes separaciones.

- Era natural.

¡Qué casa aquella en que habitaban los chicos desde que se casaron!

Escogida por los consuegros y amueblada a gusto de las consuegras, que era algo anterior al gusto de Luis XIV, pero de «gran espectáculo».

Mobiliario pintoresco, pero caro.

El mueblista que, según los planes y ocurrencias é inspiraciones de las mamás, amuebló y adornó la casa, creyó al principio que le encargaban de proveer de trastos un manicomio modelo.

Pero obedeció sin replicar en cuanto le pidieron. ¡Qué variedad y qué disparidad de géneros y épocas!

- En ninguna casa decente verá usted hoy dos sillones iguales ni dos muebles, sean de la clase que sean. Así opinaba la mamá de Lope.

- No tanto, objetaba la madre de Elena, una pareja, sí; en todas partes y más en casa para recién casados. ¿No ve usted que es simbólico?

- ¡Ya!, ¿una pareja para la cría?

Más de una noche en las primeras de la luna de miel tuvieron los padres de Lope que enviarle al domicilio conyugal; porque, olvidado de que era marido, se retiraba a la casa paterna.

- Es preciso que te corrijas, hombre, le decían. ¿Qué pensará de ti Elena?

Otras veces salía a la calle y no volvía a almorzar ni a comer.

Su esposa le esperaba inútilmente.

Los criados comentaban la ausencia.

- ¡Pobre señorita!

- ¡Ya, ya, tan joven, tan hermosa y tan buena!

- Pues hace mal en jugar con fuego el señorito.

- ¡Y en la luna de miel!

- Como la señorita empiece a distraerse...

- vuestras distracciones siempre nos salen caras a los hombres.

Y Lope se presentaba después, diciendo a Elena:

- Perdóname, vida, perdóname; soy un majadero. He comido en el café Inglés y solo, creyendo que continuaba soltero. ¡Ya ves qué imbécil! Teniéndote en casa, esperándome con los brazos abiertos...

- No tanto, replicó un día afectando cierta indiferencia.

¡Qué desencanto para Lope!

¡El, que se juzgaba criminal de «leso matrimonio», sufrir aquella decepción!

Durante algunos días no volvió a distraerse sino en cosas baladías.

Como tirar a la calle la boquilla de ámbar en lugar de tirar la punta del cigarro, traerse a casa el reloj de un amigo a quien había visitado, y alguna otra friolera.

Pasados unos días de tregua, volvió a sus habituales distracciones.

- Soy muy desgraciada, mamá, confesó por fin a su madre la esposa de Lope. Ese no me quiere.

Esta revelación fué un tiro, aunque con pólvora sola, para la madre de Elena.

- ¿En qué te fundas, hija?

- Lope me abandona días enteros y aun varias noches.

- Eso ya es grave.

- ¿Qué me importan sus caricias y su fingimiento? Eso es para engañarme como a una chiquilla, y yo no soy una chiquilla.

- Serénate y pensemos en el remedio.

Reunidos ambos cuerpos colegisladores ó ambas familias, acordaron un plan de campaña contra el marido desleal.

Un plan terrible para un hombre distraído como Lope.

Visitaba al matrimonio un antiguo condiscípulo del esposo, que había adquirido suma confianza con Elena, a quien también conocía de algunos años.

Entre Lope y su amigo César no había secretos. En varias ocasiones había dicho César a Lope:

- Eres un mal marido.

- ¿Yo?

- Tú.

- ¿Yo, que quiero a Elena más que a mi vida?

- Tú, porque no puedes corregirte de tus distracciones.

- ¿Te ha dicho algo?

- No es capaz ni de quejarse de ti; pero merecías un escarmiento?

- ¿Eh?

- Mira, le dijo César un día, ahí tienes lo que recogí ayer de la mesa de despacho.

- ¡Ah! El retrato de miss...

- ¿Qué miss ni qué...

- ¿Le ha visto Elena?

- No le ha visto gracias a mí; pero estaba encima de tus papeles.

- Le eché de menos hace dos días, y con esta memoria fatal... No tiene nada de particular; es el retrato de una artista de Music-Hall.

- ¡Ya!

- A quien no he saludado más que una vez.

- ¿Y ya te ha regalado su retrato? Habrá hecho una tirada como la de *Petit Journal*.

- No dudes, César.

- Nos conocemos, Lope.

- Me has librado de un disgusto, sin motivo.

- Observo que Elena ha variado mucho conmigo, decía Lope lamentándose a su suegro.

- No sé, respondió éste, y se marchó.

- No es lo que era, continuó diciendo a su mamá política.

- ¡A mí qué me cuentas!, respondió ésta, y le dejó con un palmo de nariz.

- He visto con disgusto que así Elena como su familia son otros en su trato, decía quejándose a su padre.

- Cosas vuestras, replicó el padre; yo en eso ni entro ni salgo.

Y también cortó la conversación.

- Madre, Elena no me quiere: usted me atenderá y no hará seguramente lo que los demás, incluso mi padre.

- ¿Qué han hecho?

- Pues no hacen caso de mis observaciones.

- ¿Y qué quieres, hijo? Inmiscuirse en asuntos de matrimonios es exponerse a salir perdiendo. Pídeme lo que quieras; pero en eso, nada me digas. Conque adiós, hijo, adiós.

- ¿Es decir, pensó Lope, que nadie me escucha? Esto es una picardía.

Al día siguiente, cuando volvió a su casa, no estaba Elena.

- La señorita ha salido, le dijo la doncella.

- ¿Que ha salido?, preguntó Lope con asombro.

- Sí, señor, y me ha dicho que no come en casa, que no la espere usted.

El esposo distraído no daba crédito a sus oídos.

- ¿Y dónde, con quién va a comer? ¿Con su familia?

- Con unas amigas.

- ¿Pero qué dice usted?, preguntó furioso.

- Señorito, yo no hago más que transmitirle sus órdenes.

- Está bien: yo tampoco como en casa.

Lope sentía... lo que nunca había sentido; pensaba en César y le suponía capaz de una deslealtad; ¡pero Elena capaz de una infamia!..

Salíó de su casa como un loco y sin saber adónde dirigirse.

Pero los amigos, la ocasión, la falta de memoria... Se distrajo, y aquella noche no regresó a su casa.

Era entrado el día cuando entró en su habitación.

- ¿Es decir, que siendo el ofendido he de callar?, pensaba. No, eso no; yo soy el marido, el varón, el que tiene derechos: ella es la hembra, mi esposa, la que tiene deberes que cumplir.

La escena entre marido y mujer fué dramática.

Elena pidió perdón a Lope.

- ¿Luego eres delincuente?, repetía el marido furioso.

- Es delincuente, pero honrada, dijo el suegro, presentándose como en las comedias, en el momento oportuno, acompañado por su esposa y por sus consuegros.

- ¡Padre! ¡Elena! Soy un tunante.

- No, tunante no; un distraído.

- ¡Buena lección!

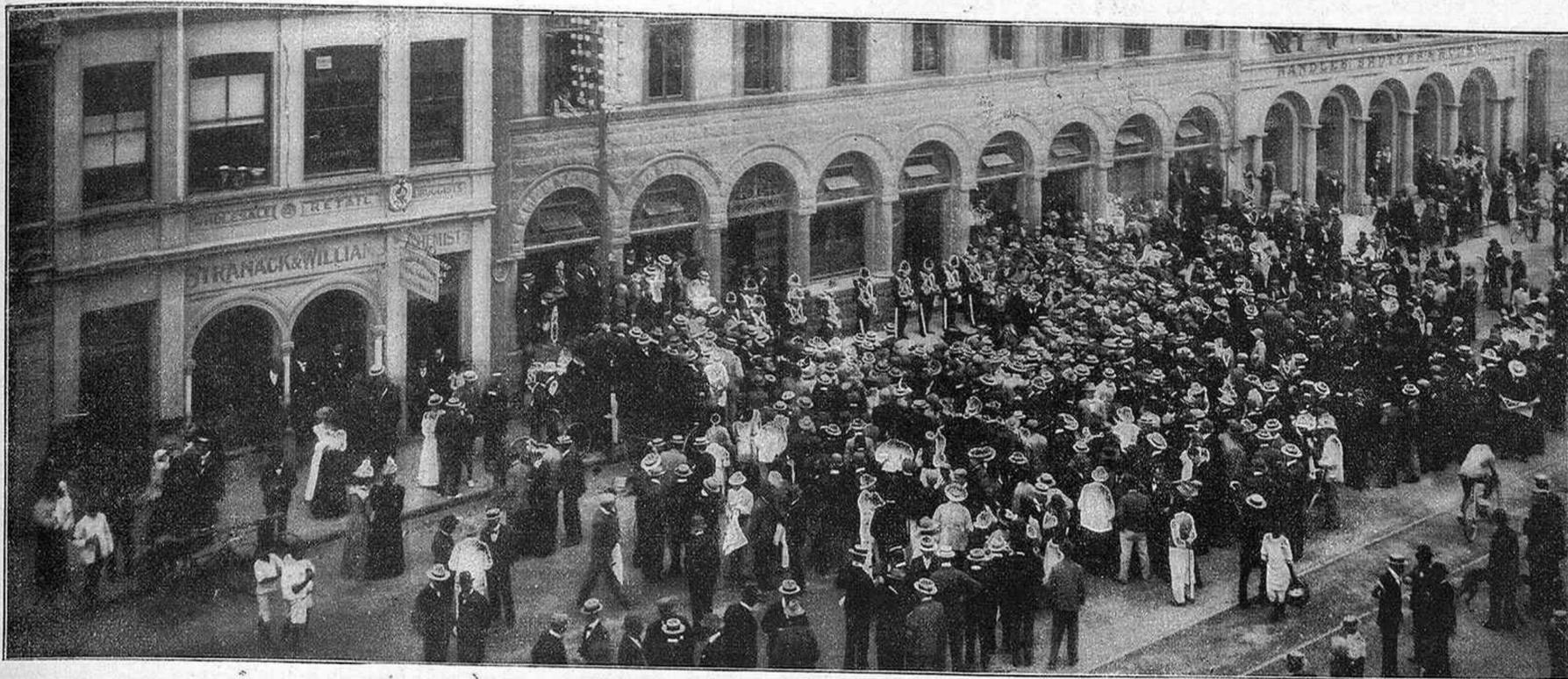
- Es preciso que te corrijas; porque si no, añadió Elena con dulzura y coquetería, no será esta la última escapatoria.

EDUARDO DE PALACIO

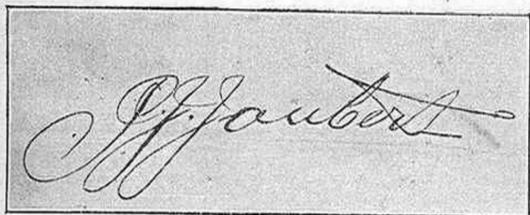
#### NUESTROS GRABADOS

**Guerra anglo-boer.** - Si hemos de dar crédito a las noticias que del teatro de la guerra se reciben, los boers han sufrido en estos últimos días algunas importantes derrotas; sin embargo, conviene no perder de vista que todo lo que por aquí sabemos procede de parte tan interesada como el gobierno inglés, que naturalmente ha de procurar ocultar las malas nuevas y dar a las buenas proporciones exageradas.

Hecha esta salvedad, que no deja de ser muy importante, diremos que el 23 de noviembre lord Methuen, que, como es sabido, marcha en socorro de Kimberley, se apoderó de las fuertes posiciones que los boers ocupaban en Belmont: éstos se resistieron valientemente, como lo demuestran las 225 bajas que tuvieron los ingleses, y se retiraron ordenadamente llevándose los muertos, los heridos y los cañones. ¿Fué esta una verdadera victoria? Hay una circunstancia que permite dudarlo y es la de que nada ha vuelto a saberse de un regimiento de lanceros que salió en persecución de los boers: este detalle, que recuerda otro igual ocurrido al principio de la campaña, en el combate de Dundee, es muy significativo.



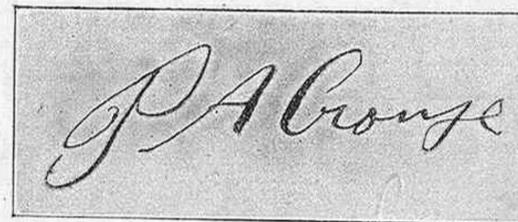
GUERRA ANGLO-BOER. - LA SUCURSAL DEL BANCO NACIONAL DE LA REPÚBLICA SURAFRICANA EN DURBÁN DURANTE EL REGISTRO VERIFICADO POR LA POLICÍA INGLESA (de fotografía de Stuart Jones)



FIRMA DEL GENERAL JOUBERT



MONEDA TRANSVAALENSE CON EL BUSTO [ DEL PRESIDENTE KRUGER



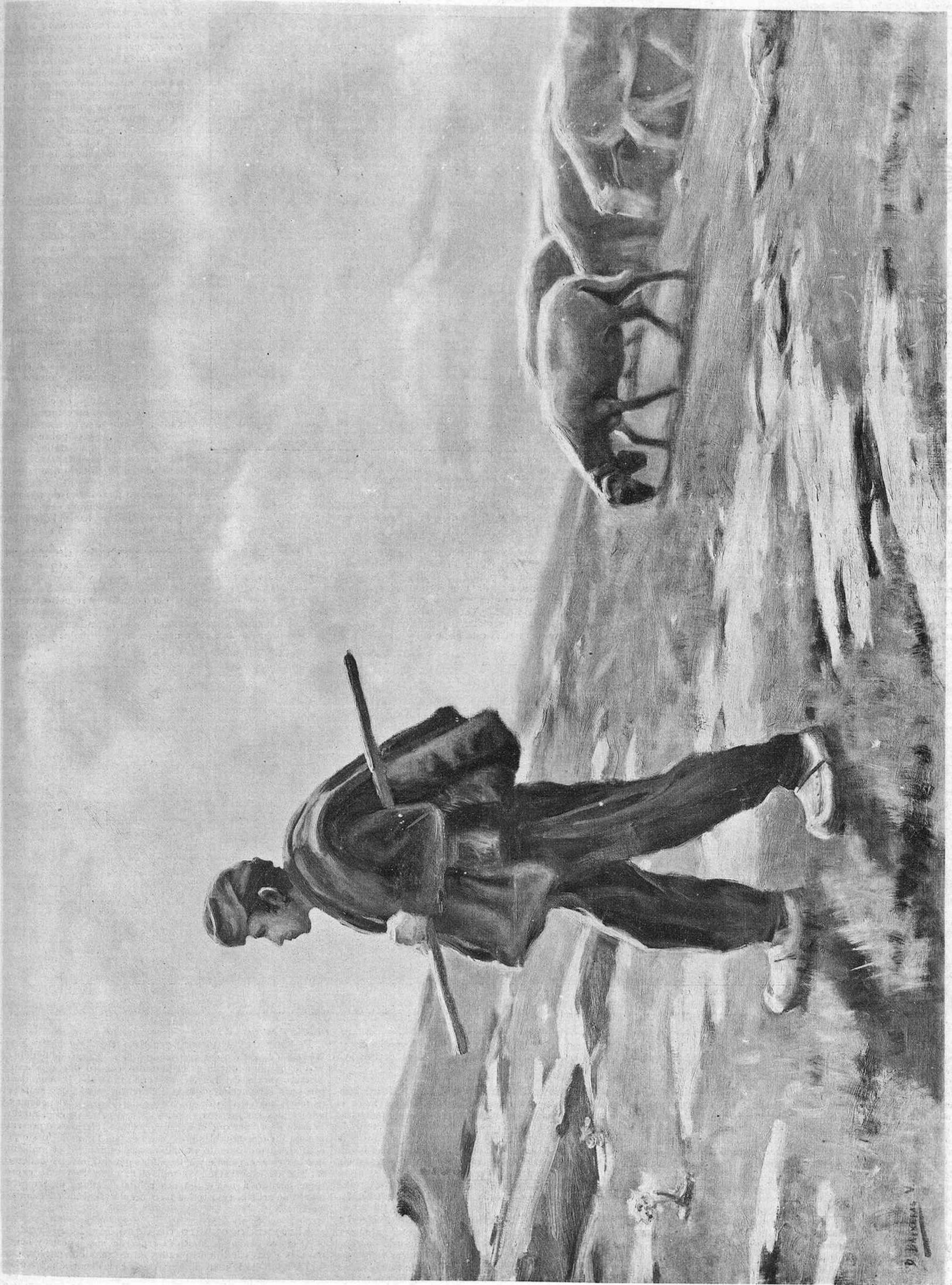
FIRMA DEL GENERAL BOER CRONJE



GUERRA ANGLO-BOER. - SALIDA DE UN REGIMIENTO BOER DE JOHANNESBURGO HACIA LA FRONTERA, dibujo de Frank Craig, de una fotografía de Emilio Andreoli



SAN HUBERTO, célebre grabado de A. Dürero



PASTOR DEL PIRINEO, cuadro de Dionisio Baixeras (*Salón Robira*, Fermande VII, Barcelona)



D. BAIXERAS V

También se habla de otras victorias obtenidas por los ingleses en Graspan y en Bracon-Hill, posición desde la cual habían los boers cortado las comunicaciones entre Estcourt y Pietersmaritzburgo y Durbán, habiendo quedado restablecidos los servicios de telégrafo y ferrocarril.

El general Buller, que, como dijimos, había tenido que modificar su primitivo plan, trasladó desde el Cabo á Natal y actualmente se encuentra en Pietersmaritzburgo, desde donde probablemente tratará de acudir en auxilio de Ladysmith.

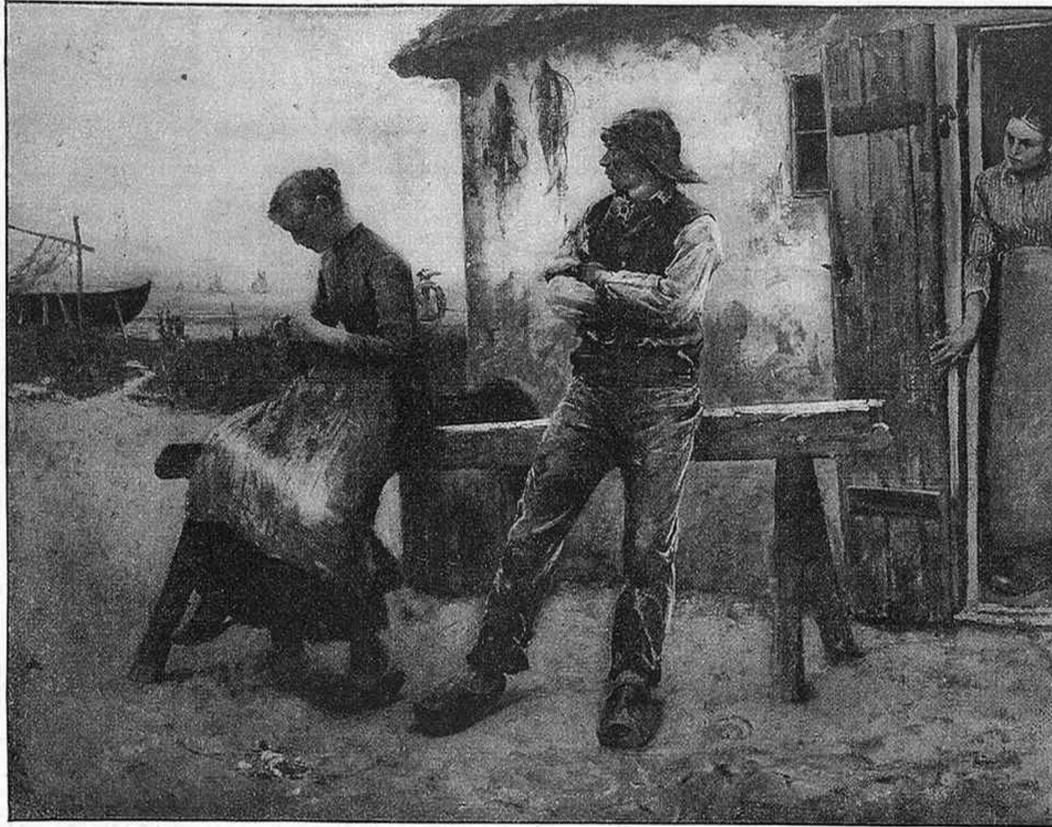
Inglaterra sigue enviando refuerzos al África del Sur, en donde han desembarcado ya cerca de 50.000 hombres, y ahora se dispone á enviar allí un segundo contingente del ejército de la India.

Los africanos del Cabo se han declarado francamente en favor de los boers, figurando entre los iniciadores de esta rebelión, que cada día se va extendiendo. Mr. Van der Malt, miembro de la Asamblea legislativa de aquella colonia: según parece, la unión se irá verificando á medida que las dos repúblicas sudafricanas vayan necesitando hombres, y se procederá sucesivamente á la anexión por regiones para evitar que los que se pasen á los boers sufran los rigores de la ley marcial. Los ingleses apelan á las más rigurosas medidas para contener ese movimiento, pero es muy difícil que consigan su propósito.

Se ha dicho que los boers desean la paz y aun se ha hablado de que han iniciado negociaciones en este sentido; pero Inglaterra ha declarado que no tomará en consideración proposición alguna mientras no ondee la bandera inglesa en Pretoria y en Bloemfontein y mientras no haya guarniciones inglesas en ambas capitales. Y un periódico de Londres dice, con carácter casi oficial, que los estados del Transvaal y Orange serán incorporados á la gran colonia del África del Sur en cuanto los boers hayan sido arrojados del territorio inglés. Nos parecen demasiadas arrogancias estas, y las encontramos tanto menos justificadas cuanto que por ahora el curso de la guerra no se presenta muy favorable á la Gran Bretaña.

El gobierno del Transvaal ha dirigido á los cónsules acreditados en Pretoria una protesta contra los ingleses, fundándola, entre otras cosas, en que éstos maltratan á los prisioneros y no respetan las ambulancias de la Cruz Roja, como lo demuestra el hecho de que los primeros disparos de la artillería inglesa en el combate de Eleandslaagte fueron dirigidos contra una de las antedichas ambulancias de tan respetable Asociación.

**Nube de verano, cuadro de A. Hagborg.**— Este bellissimo cuadro del celebrado pintor francés representa la escena tantas veces tratada de una riña entre enamorados: nube de verano que no tardará en disiparse, porque harto se



NUBE DE VERANO, cuadro de A. Hagborg. (Salón de París de 1899)

advierte en la actitud de ambos el deseo que sienten de entrar en explicaciones, cuyo término habrá de ser necesariamente la reconciliación.

**Sacando las redes, cuadro de Francisco Torrescasana** (Exposición del Círculo Artístico).— Ventajosamente conocido el discreto pintor Sr. Torrescasana, ha logrado singularizarse por sus cuadros de costumbres catalanas, especialmente aquellos que reproducen escenas de la vida de los pescadores de nuestro litoral. Varias producciones de este género podríamos citar que merecieron justificados elogios de los aficionados é inteligentes. A esta clase corresponde la que

al contemplarlo no admire la verdad con que el asunto está tratado y no sienta la más profunda lástima hacia el desdichado que tiene que bregar con aquella turbulenta tropa menuda.

**San Huberto, célebre grabado de Alberto Durero.**— Este bellissimo grabado corresponde al período más brillante de la carrera de Alberto Durero, y es obra que causa maravilla por las finezas de ejecución, lo firme del dibujo, la rica y variada composición del conjunto y resuelto todo por una ejecución tan perfecta que podrá igualar, pero no sobrepujar, otro maestro. Rafael estimaba en tanto á Durero, que tenía constantemente á la vista muchos de sus dibujos y grabados.

#### En plena insubordinación.

— Entre las llamadas maldiciones de gitano, cuéntase la de «maestro de escuela seas,» y en verdad que esta profesión constituye un verdadero calvario para los que la emprendieron convencidos de que iban á realizar una de las misiones más elevadas. La imaginación infantil es fecunda en inventar travesuras, y no parece sino que el mismo diablo inspira á los chiquillos cuando se trata de mortificar al infeliz profesor: en las mismas barbas de éste cometen las mil tropelías, y no digamos de lo que son capaces en los ratos en que el domine tiene que abandonar, aunque sólo sea por un momento, el aula. La clase se convierte entonces en un campo de Agramante, los niños se insubordinan revolviéndolo todo y el pobre maestro tiene que librar una batalla, bajo todos conceptos desigual, para restablecer el orden. El dibujo que reproducimos representa una de esas insubordinaciones; y no habrá de fijo nadie



SACANDO LAS REDES, cuadro de Francisco Torrescasana. (Exposición del Círculo Artístico)

Nunca se distinguió Inglaterra por su humanitarismo ni por su respeto al derecho de gentes: no es, pues, de extrañar que en esta ocasión cometa los actos incalificables contra los cuales protestan los boers.

Hablando de la censura á que es á veces sometida la noticia de la guerra, ha escrito la *Westminster Gazette*: «El sistema de informaciones que tan pronto deja al público sin noticias como le hace deducir que cada victoria británica va acompañada de un avance de los boers en nuestro territorio, es un sistema contraproducente y ocasiona inmotivadas alarmas. El público ha visto muchos movimientos temerarios seguidos de fracasos inútiles.»

Para terminar esta información diremos algo del primer grabado de la página 783; los demás no necesitan explicación. Cierta día, poco después de declarada la guerra, observaron los habitantes de Durbán que una sección de policía registraba el edificio de la Sucursal del Banco de la República Sudafricana; y aunque se dijo que el registro se hacía para ver si, como se sospechaba, había allí documentos políticos comprometedores, la gente, acostumbrada á mirar como un verdadero santuario aquel establecimiento de crédito, se amotinó haciendo precisa la intervención de algunas fuerzas de ejército que auxiliaran y protegieran á los registradores. El resultado del registro no se ha hecho público y hasta es probable que fuera nulo, pero de todos modos el hecho produjo gran sensación en la ciudad natalense.

publicamos en este número, que figuró en la Exposición con que el Círculo Artístico inauguró el nuevo local destinado á exhibiciones.

**París. — Una nevada, cuadro de Francisco Miralles** (Salón Robira, Fernando VII).— Sea cual fuere el asunto que escoja Miralles como medio de expresión pictórica, lleva siempre consigo el sello de su personalidad, sintetizada por el reflejo de la observación y la elegancia del trazo y la belleza del colorido. El tema que ha desarrollado en su nueva producción, sencillo y trivial, ha cobrado valor é importancia debido á su esfuerzo, puesto que resulta, gracias á su hermosa tonalidad y elegancia de líneas, simpático y agradable cual todos los que brotan de su pincel y de su inagotable fantasía.

**Estatua de José Priestley, obra de Alfredo Drury.**—Fué Priestley eminente teólogo, filósofo, químico y físico inglés que nació en Fieldhead en 1733 y murió en 1804 en Filadelfia, pues á consecuencia de sus polémicas religiosas hubo de emigrar á los Estados Unidos, en donde fundó varias comunidades unitaristas. Sus trabajos químicos y físicos fueron universalmente admirados y sus descubrimientos muy celebrados en el mundo científico: á él se debe la demostración de que los vegetales pueden vivir en el ácido carbónico, al que comunican, bajo la influencia de la luz, las propiedades del aire común; él fué quien descubrió el bióxido de azoe y obtuvo pura

**Pastor del Pirineo, cuadro de Dionisio Baixeras** (Salón Robira, Fernando VII).— Digno de figurar en una exposición oficial es el hermoso cuadro del laborioso y discreto pintor catalán Sr. Baixeras, tales son las cualidades que para satisfacción y gloria del artista pueden observarse en su felicísimo estudio de un pastor del Pirineo. Conocemos y apreciamos sus méritos y aptitudes, y á pesar de ello, no titubamos en opinar que el lienzo á que nos referimos representa una de sus más notables producciones. La figura del pastor, su actitud, su movimiento atinadamente estudiado, el ambiente que la rodea, el paisaje y la tonalidad general, revelan poderoso espíritu de observación y asimilación, que sólo puede expresarse cuando á una enseñanza sólida se aduna un temperamento de artista, cual todos reconocen y admiran en Dionisio Baixeras.

**Abrevando, cuadro de José María Marqués.**— El nuevo lienzo de Marqués recuerda sus jugosos y bellos paisajes y sus cuadros inspirados en asuntos holandeses, que tantos aplausos le merecieron á raíz de su excursión. De unos y otros participa la composición que reproducimos en estas páginas, y como en las que nos ha cabido la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores, revélase la personalidad de Marqués, su tendencia en embellecer y avalorar cuanto copia de la naturaleza, aparejando sus aptitudes de artista y sus condiciones de poeta.

# POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

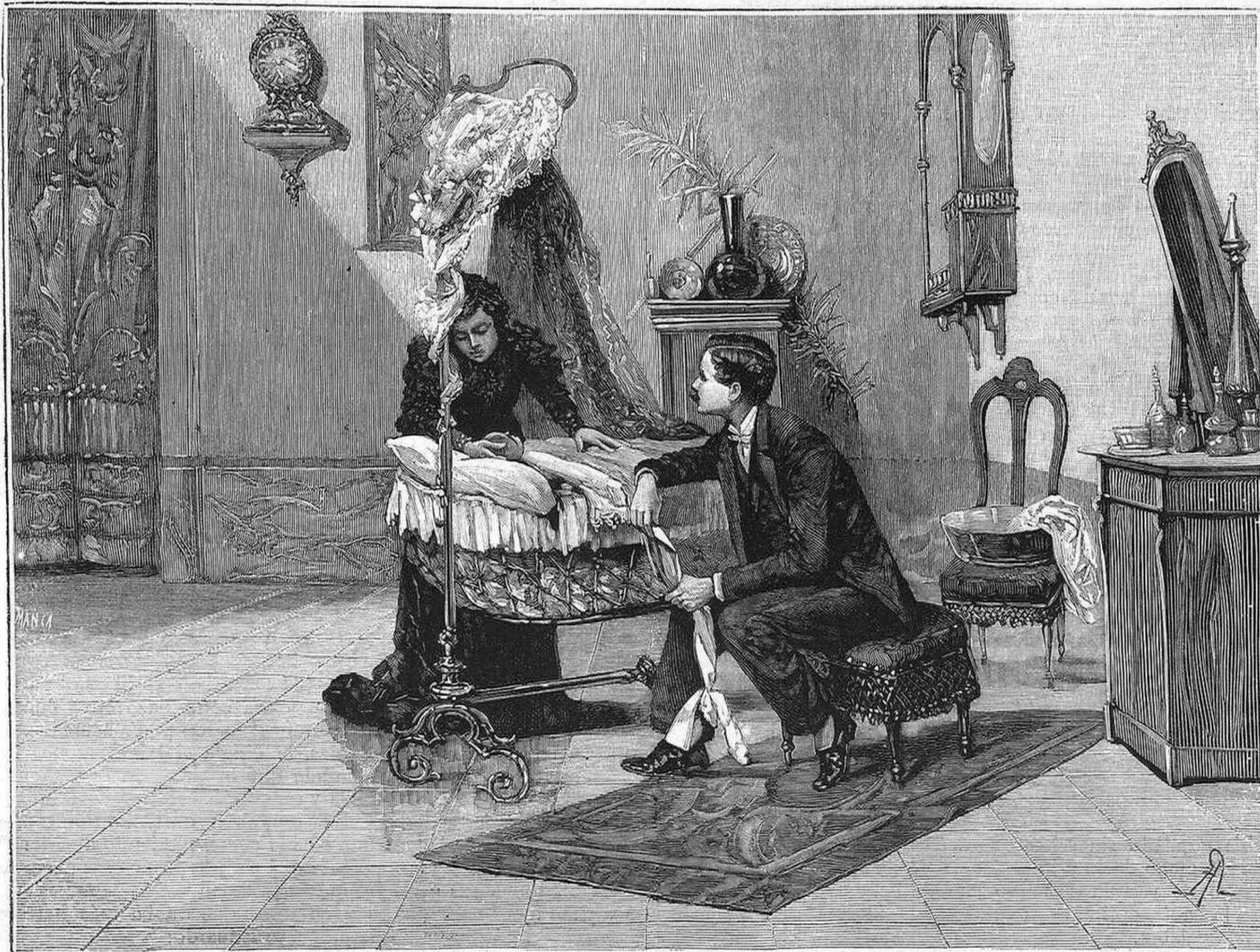
(CONTINUACIÓN)

Cuando le veía subir por la empinada colina, como una mancha oscura en medio de aquella blanca, corría á su encuentro y mandaba á los criados que encendiesen un buen fuego y le dieran un vaso de

mente á divertirla, y divirtiéndose á su vez como un niño con un nuevo juguete al cual se dedica por completo algún tiempo.

La posesión de aquella joven bella y delicada le

se había cansado, y mientras ella hacía proyectos de frívolas diversiones para el porvenir, él lamentaba la libertad perdida, y pensaba si en efecto se había vengado de Renata casándose con Elisa ó si más bien



Eduardo y Renata pasaban muchos ratos junto á la cuna de la niña

vino generoso; estaba siempre á punto de decirle que no subiera cuando hiciese tan mal tiempo; pero no tenía valor para romper aquel único hilo que la ligaba al mundo y se contentaba con preguntarle:

— ¿Ha tenido usted mucho frío? ¿Están muy malos los caminos?

— Ya estoy acostumbrado, señora, le contestaba; pero en invierno es un oficio muy desagradable.

— ¿Y viene usted solamente por mí?

— Para los demás habrá una carta por semana, pero vengo de buen grado; mire usted, con este hermoso fuego, lo he olvidado todo.

Renata le dijo que no fuese más que cuando hubiera cartas para ella; que los periódicos podía guardarlos y llevárselos cuando no nevase; la idea de que aquel hombre anduviese sólo por ella aquel camino con semejante tiempo la constriñaba y pensaba que no volvería más á Villa Gracia en invierno; reinaba demasiada tristeza, sin tener siquiera la distracción de dar un paseo y visitar los caseríos de los campesinos para hablar un rato con ellos, de suerte que había momentos en que hasta temía perder el uso de la palabra.

XX

Elisa de Belfiore fué enteramente feliz en los primeros tiempos de su matrimonio. Le parecía soñar al ver que podía vivir holgadamente después de tantas privaciones, sin pensar en economías casi imposibles; poder satisfacer todos sus caprichos sin preocuparse del porvenir y vivir con aquel joven simpático, instruído, ocupado sólo en colmar sus deseos, afectuoso como un amante y servicial como un esclavo.

También él vivió feliz aquellos primeros meses acompañando á su esposa por Europa, atento única-

mente á divertirla, y le hacían gracia aquellos caprichos de niña que le era tan fácil satisfacer.

Vivieron así muchos meses el uno para el otro, olvidando el mundo y ocupados únicamente en sus placeres.

Pero ella era tan débil y delicada que no podía resistir mucho tiempo las fatigas del viaje, mientras que á él le era penoso tener que hacer á veces de enfermero.

Llegó el momento en que se aburrieron de vivir siempre entre gente desconocida y pensaron en regresar á su ciudad.

Elisa estaba impaciente por tomar posesión del famoso palacio Lucchini que tanto había deseado en sus sueños de soltera, y mientras corrían á todo vapor por el ferrocarril hacia la meta, soñaba ahora con deslumbrar con su boato y su elegancia á su ciudad natal, donde había vivido modestamente, y formaba proyectos para recibir en sus suntuosos salones y poder llevar al fin una vida alegre y brillante.

En cambio Eduardo, conforme se acercaba á su casa, se sentía asaltado de ideas melancólicas; parecía haber tenido un hermoso sueño y el despertar le era algo doloroso.

Habíase casado con una joven por la cual tuvo un capricho pasajero, pero de la que ya empezaba á cansarse. En aquellos seis meses de intimidad había podido conocerla á fondo, y en adelante su compañera le producía el efecto de un limón exprimido, del cual no podía sacar ya nada por más esfuerzos que hiciese.

Elisa había vivido en una ciudad pequeña y en un círculo reducido de personas, con una instrucción incompleta y un talento limitado; tenía ideas estrechas; su conversación versaba siempre sobre las mismas cosas pueriles con las cuales se había divertido como con las ocurrencias de una chiquilla; pero ya

se había perjudicado á sí mismo, y por vez primera se arrepentía del paso que había dado sin reflexionar y contestaba con monosílabos á las preguntas insistentes de su esposa que le producían el efecto de un estribillo enojoso.

Por fortuna, al llegar á su casa, varias ocupaciones los distrajeran y los separaron horas enteras precisamente cuando más convenía.

La marquesa Emilia se apoderó de Elisa, pues quiso tenerla á su lado después de tantas privaciones, y madre é hija pasaron juntas los días, ocupadas en pequeñeces que para ellas eran de grande importancia.

Obligaron á Eduardo á que las acompañara á hacer una porción de visitas fastidiosas, y luego se dedicaron á prepararse trajes para el Carnaval, estación que querían pasar del modo más divertido posible, en tanto Elisa Sangalli, por no perder antiguas costumbres, dijo que quería recibir una vez por semana y que no podía faltar al teatro, y madre é hija, satisfechas de vivir en medio de aquella fantasmagoría, olvidaban á Eduardo, que, satisfecho á su vez, pudo ponerse nuevamente á pintar.

Jamás hablaba de Renata, pero pensaba á menudo en ella, con tanto mayor motivo cuanto que se encontraba en un sitio donde se había acostumbrado á verla, y un día que su mujer le hablaba de visitas á las que debía acompañarla, le dijo:

— ¿Y no piensas ir á Villa Gracia? Me parece que deberíamos ir á visitar á nuestra prima, á la que no hemos visto desde la muerte de tu tío.

— ¿Te urge mucho hacer esa visita?, le preguntó Elisa algo despechada.

— A mí no, pero lo digo por no faltar á un deber.

— Supongo que no pretenderás hacernos ir al campo en invierno; si deseaba ver á alguien, debía vivir en la ciudad; iremos cuando haga mejor tiempo; no quiero exponerme á atrapar una enfermedad.

Eduardo no habló más del asunto, pero tenía gran curiosidad por saber qué hacía Renata en el campo, sola, encerrada en su madriguera como un oso. Después dió al olvido á su hermosa prima, embebido en sus ocupaciones y arrastrado por el torbellino de las diversiones de Carnaval.

Su mujer debía dedicarse á hacer los honores de la casa del mejor modo posible.

Las fiestas de casa Sangalli fueron un verdadero acontecimiento para la ciudad, y Elisa, que lucía siempre trajes nuevos y elegantes, excitaba la admiración de todos. Pasaba el día estudiando el modo de figurar más por la noche y lo conseguía; cuando se presentaba envuelta en una nube de gasas y blondas con la cabeza resplandeciente de brillantes, semejaba una aparición, un personaje fantástico de alguna leyenda del Norte, tenía siempre alrededor un círculo de admiradores y se dejaba adorar como una diosa, satisfecha de haber podido realizar sus sueños de soltera.

Eduardo la dejaba hacer con tal de gozar de un poco de libertad, contento de que Elisa, enfrascada en sus ocupaciones mundanas, le dejase en paz, y halagado además su amor propio por los triunfos de su mujer.

Aquella vida de continuas diversiones cansaba á Elisa, pero quería disfrutarla á toda costa y era capaz de estarse todo el día en la cama y no levantarse hasta la hora de comer con tal de pasar de fiesta toda la noche. Y así continuó esta vida todo el invierno. Cuando terminó la temporada de las fiestas, Elisa, que no podía dedicarse á una ocupación seria, pasaba los días arrellanada en un sillón aburriéndose. Un día que no sabía qué hacer, dijo á Eduardo que era preciso decidirse á ir á Villa Gracia, puesto que ya hacía mejor tiempo.

He aquí por qué Renata tuvo la sorpresa un día de primavera de verlos llegar de pronto sin previo aviso.

— Ya era tiempo de que nos viésemos, le dijo Elisa; pero como la estación era tan cruda y mi salud tan delicada, no me atrevía á exponerme á contraer una enfermedad.

— Nunca he pretendido que vinierais á entristeceros en esta soledad, contestó Renata.

— Pero ¿por qué no has ido tú á la ciudad? ¿Qué has hecho aquí sola?

— No me he aburrido; tengo tantos amigos fieles que me hacen compañía...

E indicó una porción de libros aglomerados en la mesa.

Eduardo se había quedado sin saber qué decir después de estrechar la mano de su prima.

Al verla por primera vez vestida de negro, con el semblante triste, se le había oprimido el corazón y no pudo articular una palabra.

Le sucedía una cosa extraña como jamás la había sentido; de lejos deseaba ardientemente encontrarse con Renata y con frecuencia pensaba en ella; pero cuando estaba á su lado, sentía que se reavivaba su despecho así como un vehemente deseo de vengarse; precisamente en aquel momento pensaba en la última visita que le había hecho cuando creyó humillarla y el humillado había sido él, y ahora quería ver doblegada aquella soberbia y estudiaba el modo de poder conseguirlo; y cuando Renata le preguntó cómo habían pasado aquel tiempo, se puso á hablar de sus viajes y de su felicidad mirando á Elisa con ternura, refiriendo detalles de su vida íntima y exagerando sus diversiones. Elisa hacía eco á las palabras del marido, y en un momento de expansión por su prima, al ver su triste sonrisa y sintiendo algún remordimiento por ponderar tanta felicidad ante una persona afligida por una desgracia reciente, dijo:

— Hay tanta felicidad en ser dos cuando se quieren bien; tú también deberías pensar en casarte con un buen marido, y estando tan sola, hasta lo necesitas.

— Es inútil, contestó Renata meneando la cabeza; no me casaré nunca.

— Comprendo que no sea cosa fácil encontrar un marido como el mío, añadió Elisa mirando cariñosamente á Eduardo; pero con tus riquezas...

— No me han faltado ocasiones, y aún no hace mucho tiempo se me presentó un magnífico partido.

— ¿Y no le aceptaste? ¿No te gustaba?

— No he querido separarme de mi padre enfermo; había jurado á mi madre no abandonarle ni causarle ningún disgusto, y de seguro se habría muerto si lo hubiera dejado.

— Pero ahora ya no existe esa razón, dijo Elisa.

— Ahora ya es tarde; el que yo amaba ya no está libre, y nunca seré de otro.

— ¿Y piensas pasar la vida en esta soledad?

— No; cuando termine el luto, pienso lanzarme en el mundo para conocer la vida y disfrutar de cuanto pueda.

— ¿De qué podrá disfrutar una joven sola?

— Preguntó á tu marido cómo viven las jóvenes en América.

Elisa se volvió á Eduardo, que no había perdido una sílaba de aquella conversación que había sido para él una revelación y por vez primera se sentía confundido y embarazado.

— En América una soltera tiene más libertad que una casada, contestó.

— Pues bien, dijo Renata, me haré cuenta de que soy una señora americana y viviré á mi gusto; sin dar cuenta á nadie de mis acciones; pero dejemos ya esto, y vamos á dar un paseo, añadió para cambiar de conversación.

La flecha estaba disparada y aquella vez también había dado en el blanco.

Eduardo había comprendido, y en vez de humillar á Renata, había quedado corrido y humillado, conociendo que era ella la que se había vengado y arrebatado la paz del corazón; á Elisa tampoco le gustaba la amenaza de su prima de lanzarse al mundo, pues sabía que quedaría eclipsada por ella.

Dieron algunas vueltas por el jardín hablando de varias cosas, parándose á admirar la hermosa vista y á coger las violetas que asomaban en los arriates.

Renata, satisfecha de su pequeña venganza, preguntó por Fanny, que no le escribía hacía mucho tiempo.

Eduardo le dijo que su hermana estaba en Roma, donde se había divertido mucho aquel invierno, que el príncipe de Poggio Mirtello quería casarse con ella y que le parecía seguro que Fanny se resignaría á renunciar á su libertad con tal de ser princesa.

Cuando Renata hablaba con Eduardo le llamaba primo, nombre que parecía recalcar. Eduardo esperó todo el día la ocasión de encontrarse á solas con ella para tener una explicación; pero Elisa, que seguía estando un poco celosa de su prima, no los dejó solos un minuto; al despedirse, prometieron volver á Villa Gracia, y mientras Renata los veía alejarse por la carretera, pensaba en su vida destruída, pero conocía que aquel día había dado el último golpe al vínculo que unía aún á los dos esposos, y casi sentía algún remordimiento.

Terminado el luto por el padre, cansada de la soledad de Villa Gracia, libre y dueña de sus acciones, decidió viajar algunos meses para ver personas y cosas y satisfacer la curiosidad de conocer aquella vida que había entrevisto en los libros y adivinado con la imaginación.

No quiso que la acompañara nadie más que la anciana Magdalena que la había visto nacer, le era tan fiel como un perro y la seguiría en todas sus peregrinaciones sin quejarse nunca y sin tener nada que objetar.

Sabía que con su deseo de independencia tendría que arrostrar la desaprobación de los parientes y de los amigos, que sus paisanos la tendrían por una joven excéntrica; pero se sentía tan superior á ellos, que no se cuidaba de los comentarios de la gente ociosa y bachillera.

Partió, pues, sin avisar á nadie y pasó meses deliciosos viajando y excitando la admiración y la simpatía en cuantos la conocieron y trataron; en verano residió largo tiempo en las montañas de Suiza, donde se mostró animosa alpinista, haciendo ascensiones arriesgadísimas. Era valerosa por naturaleza y tenía la temeridad de quien está solo en el mundo y si le sucede una desgracia no deja quien lamente su muerte.

Este pensamiento le comunicaba ardor para arrostrar el peligro, pero la entristecía cuando se retiraba sola á su habitación; conocía que para soportar su vida solitaria necesitaba continuas distracciones ó estar ocupada en un trabajo que la absorbiese por completo.

Después de la vida monótona é igual de Villa Gracia sentía imperiosa necesidad de variedad y movimiento. Magdalena le decía que se cansaba demasiado y que de seguir así acabaría por enfermar; pero ella no le hacía caso y le contestaba que si enfermaba y si moría estaba tan sola en el mundo que nadie derramaría una lágrima; mas la anciana no podía soportar estas conversaciones que la hacían llorar, y Renata se arrepentía, le pedía perdón y la aseguraba que quería vivir para ella, pues era la única persona que la quería.

Por otoño fué á Roma para asistir á la boda de Fanny, la cual se había decidido á casarse con el príncipe. Allí se encontró con Eduardo y Elisa, esta última abatida y cansada de las fatigas del verano; aquél, expansivo y amable, le suplicó que olvidara lo pasado y fuese al menos su amiga.

Era lo que deseaba, vivir como buenos amigos; sin embargo, evitaba encontrarse á menudo á solas con él, pues tenía miedo de dar á conocer sus pen-

samientos; no se creía bastante segura de que su amor, adormecido y sepultado en el fondo de su corazón, reviviese y despertase las tempestades pasadas.

Por lo demás, en aquel momento le era fácil observar con él cierta reserva.

Las fiestas celebradas con motivo de la boda de Fanny daban lugar á convites y recepciones, de suerte que jamás estaban solos.

Así Elisa como Renata estaban continuamente rodeadas de atentos caballeros y eran la admiración de aquella sociedad.

Eduardo no se cuidaba de su mujer, pues se le había hecho indiferente; le parecía frívola, insulsa, y con tal que le dejase en paz no le importaba que se dejase admirar y galantear.

Más bien estaba celoso de Renata, y cuando la veía contenta riendo y charlando con elegantes jóvenes, no apartaba de ella la vista y sentía en su interior algo que le ponía de mal humor y un deseo de meterse en aquel círculo, abofetear á alguien y dar un escándalo, aunque no le asistiese derecho para ello. A veces se unía al grupo de admiradores y le hacía algo la corte y ella bromeaba lo mismo con él que con los demás, pero sin darle ninguna preferencia. Se divertía con todos aquellos homenajes precisamente porque no llegaban á conmovérsela; sabía tener á raya á todos sus galanteadores sin comprometerse, y decía á su amiga Fanny que sería cosa curiosa ver si alguno de ellos era capaz de hacerle palpar el corazón; la amiga, satisfecha de su novio, le deseaba otro tan atento é inteligente como él, pero Renata meneaba la cabeza y decía:

— Es inútil; moriré soltera.

En el fondo de su corazón conservaba siempre gran cariño á Eduardo, á pesar del inmenso disgusto que le había causado casándose con Elisa; pero veía que era infeliz con su mujer y le compadecía y le perdonaba, considerándole bastante castigado por haber malogrado su porvenir.

Por lo demás podía haberse casado, pues no le faltaron partidos, lo mismo en sus viajes que en Roma; diariamente se le hacían nuevas proposiciones de matrimonio, pero á todas contestaba lo mismo.

Amaba demasiado su libertad para amar á un marido, y quería continuar libre y dueña de sí misma.

Cuando Eduardo podía acercarse á ella y hablarla á solas, le dirigía siempre alguna reconvención, diciéndole que le enfadaba que siguiese siempre tan bella y que se hiciese admirar tanto.

Ella le miraba sonriendo irónicamente y le echaba una ojeada como queriendo decirle: ¿Y qué derecho tiene usted para hacerme esas observaciones? Cuídese más bien de su mujer.

Una noche que estaba más hermosa que nunca, le preguntó Eduardo:

— ¿Es verdad que se casa usted con el capitán Alberti?

Ella le miró sorprendida y contestó:

— Pudiera ser; pero por ahora no sé nada; me parece que está usted mejor informado que yo.

— ¿Por qué me contesta usted así? ¿Por qué me hace sufrir tanto?

Viéndole triste y abatido, Renata se compadeció de él, y tendiéndole la mano le dijo:

— Tranquílese usted; por ahora no hay nada de eso; pero en caso de que lo hubiese, le prometo que será usted el primero en saberlo.

¡Cuán infeliz se sentía en su intranquilidad! Había perdido á Renata para siempre, no quería á su mujer, la marquesa Emilia le aburría, y siendo tan joven y tan rico comprendía que la vida no tenía ya ninguna sonrisa para él. Cuando vió marchar á su hermana con su esposo, le pareció que había aumentado el vacío que sentía en su corazón, y al volver á la ciudad de V\*\*\* vió su palacio con tristeza; allí ya nada le interesaba, y sentía la necesidad de que ocurriese algún suceso que alegrase su espíritu.

## XXI

Elisa volvió á su casa llena de alegres proyectos para el invierno. Quería divertirse y dar vida á su ciudad natal con fiestas y recepciones, necesitaba continuas distracciones, en vista de que su marido parecía un oso y no lo veía más que á las horas de las comidas; tampoco tenía ningún gusto en hablar con él; era demasiado serio, no se interesaba ni en sus trajes ni en sus recepciones, y si lo hacía era tan sólo obligado y más que todo por no oír los reproches de los marqueses de Belfiore.

Mas por aquella vez los proyectos de Elisa se frustraron. Principió por no encontrarse bien; estaba flaca, inapetente, pero no por sus acostumbrados achaques, sino por algo muy diferente que al principio la tuvo muy preocupada; luego descubrió que estaba embarazada, cosa que á la verdad no deseaba por el

temor de sufrir males desconocidos y más que todo porque debía renunciar por algún tiempo á su vida frívola y de placeres; pero Eduardo recibió aquella noticia con entusiasmo y le hizo mostrarse más bueno é indulgente con su mujer. Empezaba ya á considerarla bajo otro aspecto: el de madre de sus hijos, en vez de esposa frívola y dedicada solamente á los pasatiempos.

Le agradecía el consuelo que le daba, pues al menos tendría alguien á quien querer, un objeto en su vida, que de pronto se le presentaba más bella y más alegre. Adquirió la costumbre de pasar más tiempo al lado de su mujer, con la cual encontraba ya un asunto de conversación interesante para ambos: su futuro hijo.

Eduardo esperaba además que la maternidad hiciese á Elisa más seria, y cuando ella se quejaba de las molestias que la tenían como una enferma siempre inmóvil en una butaca, él la consolaba hablándole de los goces ignorados que la compensarían luego de todos los males sufridos. Pero aunque los médicos la aconsejasen la tranquilidad y especialmente el reposo á causa de su organización delicada y los padecimientos consiguientes á su nuevo estado, durante los primeros meses tuvo siempre un círculo de amigos que iban á hacerle compañía y menos pensaba su inmovilidad.

Renata iba también á ver con frecuencia á su prima y estaba muy satisfecha de la circunstancia que había deparado á Eduardo su tranquilidad.

Le veía tan entregado á la alegría de la paternidad, presumiendo que entonces no pensaba en otra cosa, que cuando estaba con él se sentía exenta de toda preocupación, no tenía ya ningún temor y le hablaba como á un hermano. Apenas regresada de sus viajes, Renata se había dedicado por completo al arte y transformado la parte menos triste del palacio Landucci en un estudio de artista, donde pasaba horas enteras pintando; se proporcionaba modelos buscando la verdad, y entregándose á un trabajo absorbente quería olvidar sus penas y su soledad. Eduardo iba con frecuencia á verla y á hablarle de lo que le preocupaba constantemente: su hijo. Sabía que su prima se había dedicado con fervor á la pintura, pero aún no le había enseñado ninguno de sus trabajos ni recibido en su estudio, aun cuando él se lo había rogado muchas veces.

— No son más que tentativas, contestaba Renata; cuando tenga algo importante se lo enseñaré á usted.

Un día Eduardo, sin decirle nada, la sorprendió en su estudio mientras estaba copiando una hermosa niña, que con las manecitas en un cesto de flores, escogía las mejores con objeto de hacer un ramo para su mamá. Renata estaba tan embebida en su tarea que no oyó abrir la puerta y á Eduardo exclamar:

— ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Es bellissimo!

Al oír esta voz se sobresaltó, y volviéndose con la paleta en la mano contestó dulcemente:

— ¡Ah, pícaro! Me ha asustado usted.

— Es que estoy sorprendido de veras, dijo Eduardo. ¡Qué bien pinta usted! Conocía su pasión por la pintura, pero no creía que fuese usted una artista.

Renata, al oír los elogios de su primo, sentía un placer, una alegría como jamás los había experimentado y aquellas palabras le resonaban en el corazón como una música suave. Sin embargo, respondió modestamente:

— ¡Ojalá fuese cierto lo que dice usted! Es verdad que amo el arte con toda mi alma; he resuelto dedicar á él todas mis aptitudes; estudio constantemente, pero no consigo trasladar al lienzo lo que tengo en la mente.

— Porque el artista nunca está satisfecho de sí mismo; el esfuerzo para alcanzar el ideal le impulsa y le hace pintar obras maestras; créame usted, esa figura de niña con esa expresión picaresca en el rostro, es una pequeña obra maestra.

— Más que lisonjas debe usted darme algún consejo; dígame en qué consiste que aquí hay algo que me ofende la vista y á fuerza de mirar acabo por no comprender lo que es.

— Poca cosa, contestó Eduardo designando algunos puntos del cuadro; solamente falta armonizar la niña con el fondo, que se destaca demasiado; y hay que esfumarlo un poco; los contornos están excesivamente marcados, como no suele suceder en la naturaleza; pero son fruslerías; cuando el cuadro esté acabado será magnífico, como hubiera querido pintarlo yo, créame; he hecho estos días muchas cabezas de niños porque Elisa tuviera á la vista criaturas hermosas, como desearía que fuese la nuestra; pero ninguna me ha salido bien; hay que confesar que las mujeres comprenden las criaturas mejor que nosotros.

— Si usted quiere se lo regalaré á Elisa para que

pueda tener á la vista esta niña, respondió Renata.

Y en seguida despidió á la niña que le servía de modelo, diciendo:

— Por hoy no tengo más gana de trabajar.

Y rogó á Eduardo que ya que la había sorprendido en su estudio, fuera á menudo á trabajar con ella y á darle consejos.

Eduardo prometió concurrir con asiduidad á aquel estudio tan simpático, donde en cada rincón se revelaba el gusto de la mujer y de la artista; pero afirmó que no tenía necesidad de consejos. Luego se sentó en un diván y le manifestó el objeto de su visita á aquella hora insólita.

Había ido á rogarla, en su nombre y en el de Elisa, que fuese madrina de su futuro hijo.

— Así tendrá usted el derecho de ocuparse de su ahijado ó ahijada.

— ¿Por qué no, si así lo desean ustedes? Me gustan tanto los niños, que estoy segura de que querré mucho á mi sobrinito; por lo demás, tengo la certidumbre de que no se me necesitará.

— Eso no es verdad, contestó Eduardo; cuento mucho con usted, porque Elisa es muy frívola y piensa demasiado en sí misma para poder pensar como debiera en otro ser; querrá á nuestro hijo, pero ligeramente, como lo hace con todo; su tía de usted es casi tan frívola como Elisa, y se lo digo á usted formalmente, si tuviera que ausentarme algunos días, me fiaría de usted solá y le suplicaría que viese todos los días á mi hijo.

— Agradezco á usted su confianza, y le aseguro que procuraré hacerme digna de ella.

Después de esta conversación pasaron largo rato hablando de arte y del modo de criar los hijos. Por último, aquellos dos jóvenes inteligentes, enamorados del arte, se comprendían; pero en el fondo del corazón lloraban ambos la felicidad perdida.

XXII

Después de padecer mucho y de haber estado á punto de morir, Elisa tuvo el consuelo de estrechar entre sus brazos una hermosa niña á la que por espacio de algunos días miró como una muñeca; le servía de entretenimiento y la quiso con entusiasmo.

Eduardo, cuando tuvo en sus brazos á la pequeña Renata, se puso tan contento que no se cansaba de mirarla y acariciarla y renació su cariño á su mujer que le había deparado un goce tan grande.

La marquesa Emilia y Renata pasaban también muchos ratos contemplando aquella carita de niña que casi no tenía forma, pero que parecía esconderse en una nube de gasas y encajes; cada movimiento de aquella cabecita arrancaba una exclamación de maravilla, y los dos ojillos que se abrían de cuando en cuando eran causa de admiración para todos, y cuando salía de aquella adornada cuna una vocecita que parecía un maullido, todos se quedaban en éxtasis como si fuera una música suave.

Al paso que Eduardo quería cada día más á su hija, Elisa iba recobrando sus fuerzas, no pensaba tanto en la niña que había confiado á una robusta nodriza y sentía vivos deseos de salir y volver á la vida de sociedad.

Pensaba en ella con el ardor del que se ha visto privado de ella mucho tiempo, y formaba con su madre planes para divertirse grandemente en el próximo Carnaval para compensar el tiempo que había pasado metida en casa. Eduardo decía que cuando una mujer tiene hijos debe renunciar á las diversiones y que ellos deben constituir el objeto principal de su vida. Elisa se reía de estos asertos que parecían sermones, y la marquesa Emilia aseguraba que su yerno tenía ideas muy plebeyas. ¿Dónde se había visto que una señora rica y elegante renunciase á la sociedad para cuidarse de sus hijos? Enhorabuena que lo hiciesen las que no tuviesen medios de pagar una buena ama de cría.

Renata, á la cual pedía Eduardo alguna vez consejos, decía que no se debía exagerar, que una señora podía tener tiempo que dedicar á la sociedad y á sus hijos, aun cuando éstos debían ser siempre los preferidos.

Entretanto, para disfrutar ella también algún tiempo de su ahijada, invitó á los esposos Sangalli á pasar una temporada en Villa Gracia, diciendo que invitaría también á algunos conocidos, y de este modo Elisa se repondría más pronto, la niña respiraría aire puro y se divertirían organizando partidas de campo y veraneando en compañía de algunos buenos amigos. Todos aceptaron la idea con entusiasmo, y á los pocos días de establecerse Renata en la quinta se trasladaron á ella los Sangalli y una porción de amigos.

Villa Gracia no era ya la quinta tranquila y solitaria de antes; sino que Renata la había embellecido

y agrandado. Todos los días salían de ella algunos carruajes en los que iban alegres señoras y caballeros á almorzar á la sombra de los árboles ó á hacer largas excursiones adonde hubiese algo curioso que ver.

A menudo se organizaban cabalgadas en las que las elegantes Amazonas se unían á los apuestos jinetes y galopaban por el campo, hasta que cansados y excitados por la carrera, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, se ponían al paso por alguna calle de árboles frondosos; y por la noche, en vez de descansar de las fatigas del día, improvisaban músicas y danzas.

Renata necesitaba de vez en cuando aquella vida febril, aquel continuo movimiento para olvidar, para no sentir el peso de la soledad.

No hacía nada censurable; sus pasatiempos eran inocentes; á todos los caballeros que la rodeaban los trataba del mismo modo, sin tener preferencias por ninguno; y sin embargo, sus antiguas amigas siempre tenían algo que decir de aquella vida emancipada; la baronesa Rinaldi no permitía que sus hijas la tratasen, porque temía que no encontrasen marido, ó más bien acompañaba á las tres é invitaba á su casa á todos los oficiales del regimiento de guarnición sin conseguir casarlas, mientras Renata, á pesar de todas las habladurías de los maldicientes, tenía que desear muy buenos partidos.

Elisa, después de pasar tanto tiempo enferma y encerrada en su casa, iba cobrando fuerzas, tenía muy buen color, comía con excelente apetito y tomaba parte en todas las excursiones, siempre en movimiento y rodeada siempre de los huéspedes de Villa Gracia, que la admiraban y les parecía más bella después del nacimiento de su hija.

De ésta se ocupaba muy poco; verdad es que no era necesario; por la mañana le daba un beso, y apenas la oía llorar se la entregaba á la nodriza diciendo que no podía sufrir el llanto de los niños. En cambio Eduardo y Renata pasaban muchos ratos junto á la cuna de la niña y la contemplaban cuando dormía tranquilamente ó cuando movía las manecitas buscando algo invisible é indefinido. Si lloraba, Renata la tomaba en brazos y la acallaba meciéndola. Un día Eduardo le dijo:

— ¡Qué buena madre hubiera sido usted! En cambio Elisa ni siquiera se acuerda de que tiene una hija. Oiga usted.

Y en efecto, interrumpió estas frases pronunciadas en voz baja una carcajada de Elisa que desde la planta baja subió como una nota resonante.

— No sea usted injusto, replicó Renata; Elisa no ha sufrido tanto como yo y el dolor envejece; deje usted que se divierta; mientras tanto Tati (así llamaban á la pequeñuela) está en buenas manos.

— ¡Si supiera usted cómo me disgusta la idea de que mi mujer no tenga corazón!

— No diga usted tonterías; Elisa ha estado muy mimada desde niña, le gusta la alegría, y si no piensa en su hija es porque sabe que no se la necesita; pero no es mala y estoy segura de que la quiere mucho.

— Allá veremos, dijo Eduardo suspirando.

Estaba preocupado al ver que ni la maternidad había conseguido modificar el carácter frívolo de Elisa, y en su deseo de paz se resignaba á cuidarse él de la niña para dejar que su mujer se divirtiese á su gusto.

Como en Villa Gracia se podían conciliar los pasatiempos sin alejarse demasiado de la niña, permanecieron allí mientras hizo buen tiempo; mas apenas comenzaron las lluvias de otoño, Elisa deseó volver á la ciudad á reanudar los antiguos hábitos de fiestas, teatros y diversiones.

Había pasado casi un año en reposo y tenía afán por recobrar el tiempo perdido, por encontrarse en su palacio, volver á ver á los amigos y dar vida á la ciudad con sus fiestas y su elegancia.

XXIII

Renata regresó á la ciudad con la idea de llevar una vida tranquila y no presentarse en sociedad sino de vez en cuando por no perder la costumbre; reunía en su casa un reducido número de amigos íntimos, pintaba mucho y se ocupaba también de su ahijada, que era preciosa, empezaba á reír y á balbucear, de suerte que nunca se cansaba de verla y tenerla en brazos.

En cambio Elisa daba á su hija un beso por la mañana, la hacía saltar un poco como si fuese una muñeca, pero se cansaba pronto y se la entregaba á la nodriza, diciéndole:

— Toma, llevátela; los niños pequeños me fastidian; cuando sea mayor me ocuparé de ella.

(Continuará)

FOTOGRAFÍA EN EL TEATRO Y EN EL TALLER  
CON LA LUZ DE MAGNESIO

Desde que se hicieron los primeros ensayos de la luz de magnesio aplicada a la fotografía, se ha creado

esto dispone de un material completo de lámparas y de fuelles que instala a cada lado de la escena durante el ensayo general (fig. 1).

Las lámparas están dispuestas de una manera especial que permite prolongar el resplandor de la luz todo el tiempo que se quiera, empleando para ello,

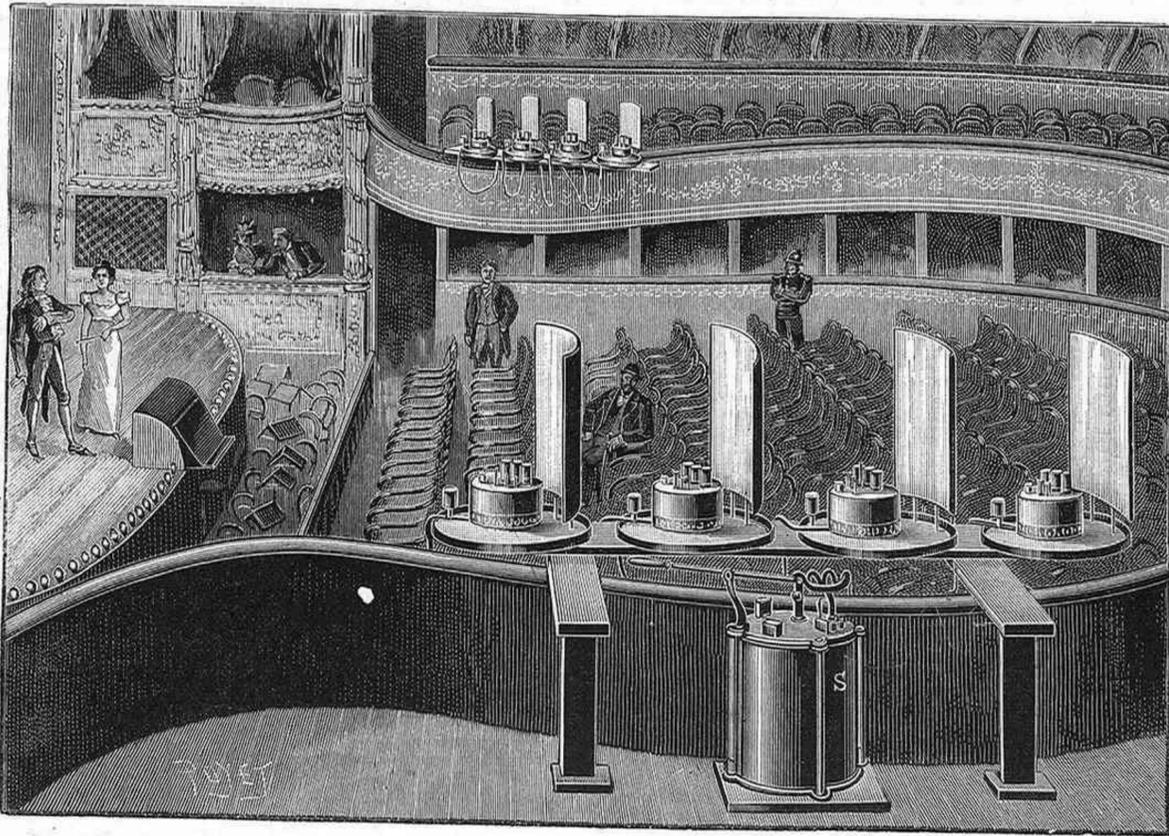


Fig. 1. - Disposición de los aparatos empleados por M. P. Boyer para la fotografía de una escena de teatro

una verdadera industria para la fabricación del magnesio en polvo, de los polvos compuestos y de los diversos aparatos destinados a facilitar la fotografía de noche.

Desde luego se pensó en aplicar la nueva luz especialmente en el teatro, pues hasta entonces no era posible obtener el clisé de una escena, aun con el auxilio de la luz eléctrica, sino a fuerza de una larga exposición. Sin embargo, en unos pocos teatros privilegiados, el Chatelet de París, por ejemplo, pudimos ya en 1887 conseguir buenos clisés con sólo uno ó dos segundos de exposición; pero para ello había sido necesaria toda la deferencia del director de entonces, M. Flourey, quien nos dejó disponer la luz casi tal como la deseábamos. Ahora, con el magnesio puede operarse en todos los teatros, hasta en aquellos que únicamente se alumbran con lámparas de incandescencia; pero para obtener un buen resultado todavía es preciso disponer de una instalación especial.

M. P. Boyer, uno de los mejores fotógrafos parisienses,

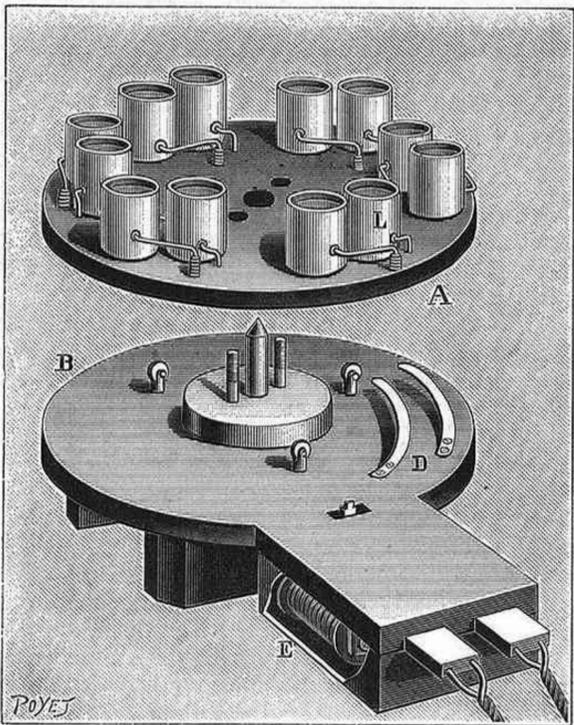


Fig. 2. - Aparato que permite quemar sucesivamente varios cartuchos sin cambiar de sitio

ha llegado a ser una especialidad en esta clase de trabajos, y pocas son las obras teatrales que, desde el día de su estreno, no se encuentran registradas, escena por escena, en sus colecciones. Para

no un polvo compuesto, sino magnesio puro: cada una lleva un reflector y todas comunican con un sistema de fuelles S que un ayudante hace funcionar en el momento oportuno, con lo cual se puede prolongar la exposición todo el tiempo que se quiera, según las circunstancias.

No hay que olvidar que las paredes del local en donde se opera desempeñan un gran papel en la fotografía por medio del magnesio, puesto que sirven de reflector y que según sean de un color obscuro ó claro y según sea mayor ó menor la distancia del modelo producen muy distintos resultados. Al aire libre pueden quemarse 30 ó 40 gramos de polvo delante de un modelo colocado a algunos metros del foco sin obtener más que una débil indicación de imagen, y á nosotros mismos nos ha sucedido que hemos quemado en un vasto salón 50 gramos de un polvo compuesto de clorato de potasa sin resultado apreciable, á lo menos para la placa fotográfica, pues en cuanto al reflector, una gran hoja de cinc niquelado, quedó volatilizado. Este accidente no puede ocurrir con los aparatos antes indicados, y por otra parte, ahí están para demostrarlo los excelentes resultados obtenidos por M. Boyer.

Pocos son, hoy en día, los aficionados que no han intentado retratar en cámara por medio del magnesio, pero por regla general estos retratos resultan malos. Y es porque para hacer una buena fotografía no siempre basta tener luz, mucha luz, sino que además es necesario repartirla de un modo conveniente sobre el modelo, cosa que difícilmente permite el momentáneo resplandor del magnesio.

Para los fotógrafos era de gran interés poder obtener el retrato en cualquier circunstancia y prolongar las sesiones después de puesto el sol: esto constituye á menudo una necesidad, no sólo para aumentar las horas del trabajo, sino que también para facilitar la elección del tiempo más conveniente. Por ejemplo: una señora no tendrá inconveniente en dejarse retratar vestida de baile en el momento en que se dispone á ir á la fiesta, al paso que si necesita vestirse expresamente de día, será más difícil que se preste á ello. Y para los actores, ¡qué comodidad si en un entreacto pueden retratarse tal como están, en vez de tener que ir al taller con todos sus trajes y accesorios!

Estas razones han impulsado á M. Boyer á inventar el taller portátil que representa nuestro grabado (fig. 3): compónese de ligeros bastidores sobre los cuales se extiende tela de calcar y con ellos se for-

man el techo y los dos lados; el fondo está cerrado por un telón cualquiera, decorativo ó liso, y la parte anterior queda abierta. Alrededor de esta cámara se construye otra mayor con bastidores cubiertos de una tela blanca opaca, quedando de este modo entre ambas cámaras un espacio de unos 50 centímetros completamente cerrado. En este espacio se dispara en el momento oportuno el cartucho que produce el relámpago; la luz se difunde al reflejarse sobre las paredes de la cámara exterior y al atravesar la tela de calcar que constituye las paredes de la interior. El cartucho se coloca generalmente en uno de los ángulos del techo transparente y de este modo se obtiene una luz muy parecida á la de los talleres que reciben la luz del día. Para poder hacer una serie de clisés sin que sirva de estorbo el humo de los relámpagos precedentes, se instala en la pared exterior un ventilador V movido por un motor eléctrico y que comunica con una manga M de tela que va á parar á una ventana ó á una chimenea de la habitación en donde se opera.

Como M. Boyer ejecuta á menudo sus trabajos en el teatro en donde tiene á su disposición la electricidad, utiliza ésta no sólo para hacer funcionar el ventilador, sino que también para la maniobra del aparato de los cartuchos L (fig. 2), los cuales están dispuestos sobre un disco A que se coloca encima de una base B, sobre la que puede girar libremente alrededor de un eje central.

Un aparato mecánico muy sencillo, gobernado por un electro-imán E, permite hacer girar el disco A en un cierto espacio cada vez que se envía la corriente al electro E. A cada movimiento, un cartucho se coloca en D encima de dos planchitas con muelles unidas á la canalización eléctrica: el fondo de los cartuchos está dispuesto de manera que un alambre atraviesa el polvo y sus extremos van á parar á las planchitas de muelle D cuando el cartucho está en su sitio; basta entonces para que se produzca el relámpago, lanzar la corriente por medio de un botón de contacto. Si un relámpago no es suficiente, sólo con apretar otro contacto el cartucho se encuentra reemplazado por otro.

Además, para permitir la colocación de la placa y la preparación de la máquina, así como para suavizar

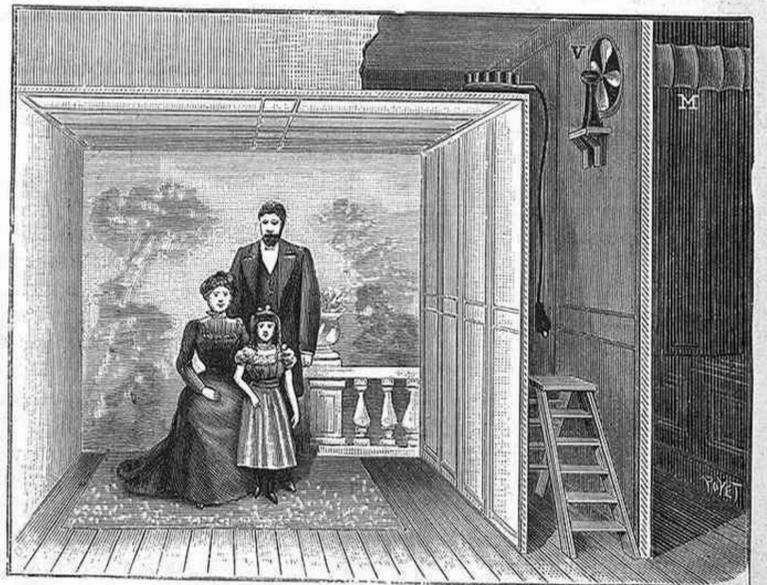


Fig. 3. - Taller portátil para retratar con luz artificial de M. P. Boyer

las sombras, hay dispuesta una batería de lámparas de incandescencia detrás de la pared transparente del lado opuesto al en que el relámpago se produce.

Con estos ingeniosos aparatos hemos visto á M. Boyer hacer unos veinte clisés de actores en el curso de una representación. El material, que es muy ligero, se transporta y se instala con gran facilidad y los resultados son tan buenos como si el modelo estuviera en un taller dispuesto con todos los recursos usuales de los juegos de luz.

G. MARESCHAL

\*\*

### CURIOSO PROCEDIMIENTO

#### DE DEMOLICIÓN

Trátase de una chimenea de una fábrica de Walsend (Inglaterra) que por resultar inútil era preciso demoler: construída de ladrillo, tenía la tal chimenea 81 metros de alto, 6'40 de diámetro en la base y 4'25 en la punta.

Para proceder á su derribo comenzóse por practicar á cada lado de la misma, á un metro del suelo, una entalladura reemplazando los ladrillos que se

sacaban por bloques de madera formados con planchas entre las cuales se dejaron unos espacios que se llenaron con una mezcla de serrín y alquitrán. Prosiguióse esta operación en un trozo de la circunferencia, unos doce metros, de manera que al terminar aquel trabajo, dicha circunferencia sólo tenía en

aquel sitio unos ocho metros de mampostería intacta.

Después que se hubo saturado de alquitrán y parafina los bloques de madera, encendióse una hoguera en la parte en donde se habían extraído los ladrillos, y á los seis minutos derrumbóse toda la chime-

nea en la dirección del sitio por donde había sido quitada la mampostería.

Asegúrase que el coste de esta operación no ha llegado á la mitad de lo que habría costado una demolición progresiva con ayuda de escaleras y andamios.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA-HIERRO**  
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.  
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.  
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



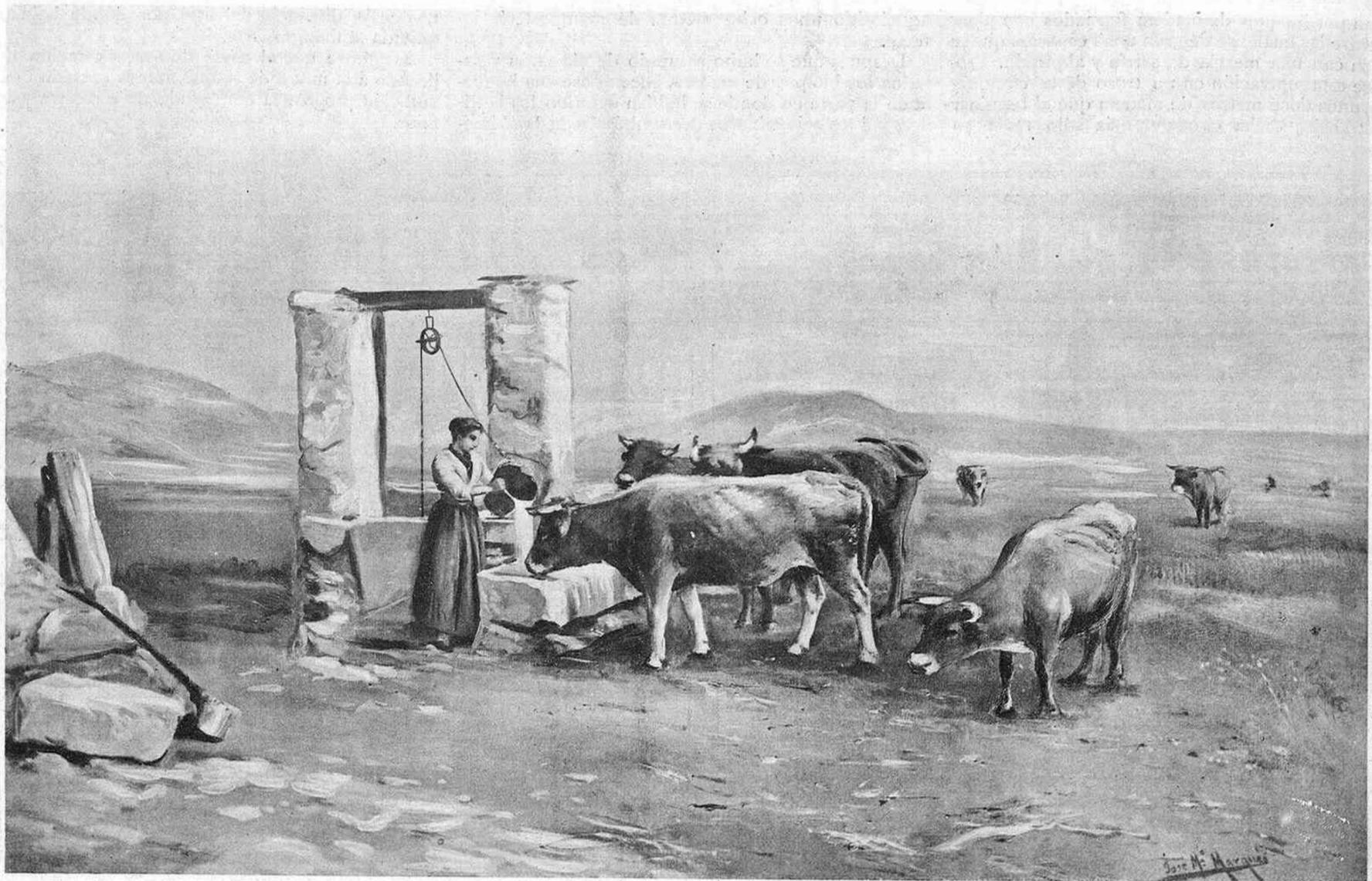
**Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

**SALUD DE LAS SEÑORAS**  
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.



ABREVANDO, cuadro de José María Marqués

**PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

**FUMOZE-ALDESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**ACRITUD DE LA SANGRE**  
**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
 ENFERMEDADES DE LA PIEL  
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.  
 102, Rue Richelieu, París y en todas Farmacias del extranjero.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO  
 TRATAMIENTO Complementario del ASMA  
 Soberano en  
 Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con  
**PEPTONA**  
 es  
 el más precioso de  
 los tónicos y el mejor  
 reconstituyente.  
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf  
 Y EN TODAS FARMACIAS.

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS RES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI  
 PARIS  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS  
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO,  
 BRONQUITIS,  
 OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afeccion  
 Espasmódica  
 de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
 J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>. Fcos. 102, R. Richelieu, París.

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.**

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD - HIERRO QUEVENNE**  
 Curada por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTATICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la  
*Clorosis*, la *Anemia*, el *Apoca-*  
*miento*, las *Enfermedades* del  
*pecho* y de los *Intestinos*, los  
*Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida  
 á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores  
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el  
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base  
 de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como  
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia  
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.